

ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

JOSÉ JULIÁN CARDONA CARDONA

UNIVERSIDAD CATÓLICA POPULAR DEL RISARALDA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

LICENCIATURA EN EDUCACIÓN RELIGIOSA

PEREIRA

2010

ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

JOSÉ JULIÁN CARDONA CARDONA

**TRABAJO PRESENTADO COMO REQUISITO PARA OPTAR
AL TÍTULO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN RELIGIOSA
ASESOR**

PBRO. HERNANDO ZULUAGA

**UNIVERSIDAD CATÓLICA POPULAR DEL RISARALDA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS LICENCIATURA EN
EDUCACIÓN RELIGIOSA**

PEREIRA

2010

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO I: MARCO POLÍTICO- RELIGIOSO DE LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO Y DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE SU EXPANSIÓN.....	9
1.1 DATOS BÍBLICOS.....	9
1.2 SURGIMIENTO DEL CRISTIANISMO.....	13
1.3 EL TRASFONDO JUDÍO.....	15
1.4 EL CRECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.....	23
CAPÍTULO II: TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO.....	28
2.1 UNA CUESTIÓN CON POSIBLES “RESPUESTAS”.....	28
2.2 PRIMERA RESPUESTA: NACIMIENTO DE CRISTO: JESÚS HISTÓRICO, COMO RESPUESTA A LA CUESTIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO.....	29
2.2.1 El contexto histórico y geográfico del “Jesús histórico”.....	31
2.2.2 Los primeros pasos.....	35
2.2.3 El reino de Dios.....	36
2.2.4 Taumaturgo popular y exorcista.....	38
2.2.5 El grupo de Jesús.....	39
2.2.6 El conflicto que desemboca en la cruz.....	41
2.3 SEGUNDA “RESPUESTA”: LA OBRA DE PABLO, EL ‘SEGUNDO FUNDADOR DEL CRISTIANISMO’.....	45

2.4 TERCERA RESPUESTA: PENTECOSTÉS, FUERZA PARA EL ENVÍO.	47
CAPÍTULO III: EN LA RESURRECCIÓN SE ENCUENTRA LA RESPUESTA AL ORIGEN DEL CRISTIANISMO.....	51
3.1 PUNTO DE PARTIDA: JESÚS, HOMBRE Y DIOS.....	51
3.2 1 CORINTIOS 15: TESTIMONIO DE PABLO SOBRE LA RESURRECCIÓN.....	54
3.3 LA RESURRECCIÓN, ORIGEN DE LA FE EN CRISTO.....	56
3.4 CRISTIANISMO E IGLESIA.....	60
3.5 LA IGLESIA EN LA HISTORIA.....	62
3.6 LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE RESURRECCIÓN.....	63
CONCLUSIONES.....	65
BIBLIOGRAFÍA.....	73

INTRODUCCIÓN

El fenómeno religioso ha sido y es una de las dimensiones personales de hombres y mujeres, a la vez que uno de los elementos fundamentales en la configuración de los grupos humanos y de las sociedades en el tiempo y en el mundo de hoy. Además de constituir un conjunto de creencias, preceptos y ritos para los fieles que las practican, las religiones adquieren una dimensión cultural por su influencia en el mundo del pensamiento y del arte, por las raíces religiosas de muchas estructuras, costumbres y usos sociales, así como por influir en los códigos de conducta individual y colectiva derivados de sus respectivas concepciones del hombre y del mundo.

Esta perspectiva dota al fenómeno religioso de un papel relevante en el conocimiento de las sociedades a lo largo del tiempo y de su pervivencia en elementos de la cultura presente. Ahora bien, en el mundo actual se asiste, más que en otras épocas, a un pluralismo que afecta también a las creencias. Simultáneamente se da una progresiva secularización de la sociedad y un incremento del pluralismo religioso. De este modo, la realidad contemporánea incluye una gran variedad de creencias religiosas y no religiosas y un no menor pluralismo religioso que muestra, además, cambios en el papel e importancia de las distintas religiones.

Dada la importancia preponderante que tiene la religión en lo individual y en lo colectivo de la vida humana, y ante la enorme profusión de credos religiosos, vale la pena preguntarse las razones por las cuales el Cristianismo se presenta como una opción diferente y privilegiada sobre todo el entramado de posturas con respecto al

Ser Superior y a la manera de entrar en relación con él, pues afirma de una manera tajante y radical el hecho de que su Fundador es el mismo Hijo de Dios, el Mesías esperado que traería la salvación a todos los hombres de todos los tiempos y lugares; y por esta razón ella misma es depositaria de la Revelación. Por eso, se hace necesario analizar el Cristianismo desde sus albores, para reconocer la propuesta que se hace desde allí para el hombre de todos los tiempos y lugares.

Es por esta razón que abordaré en el presente trabajo la cuestión sobre el origen del Cristianismo, es decir, desde sus rudimentos hasta que logró configurarse como un sistema de creencias autónomo. Concretamente la pregunta a la que desde los planteamientos presentados en los capítulos siguientes intentaré dar respuesta es: ¿Cuál fue el acontecimiento que dio inicio al Cristianismo?

Pero queda entonces como tarea inicial determinar y analizar cuáles son los acontecimientos históricos que posibilitaron el inicio del Cristianismo, con el fin de adquirir una mayor comprensión de este movimiento, que más que una religión constituye un completo estilo de vida.

Para lograr este cometido, el presente trabajo aborda el tema del origen del Cristianismo a partir de tres capítulos:

En el primero encontraremos los elementos propios de la cultura grecorromana que fueron moldeando la aparición del Cristianismo, como decíamos anteriormente, en sus inicios profundamente vinculado al judaísmo.

En el segundo capítulo revisaremos tres de las más importantes teorías sobre los acontecimientos históricos que pudieron dar paso al Cristianismo como sistema

religioso autónomo, a saber: El nacimiento de Jesús (Jesús histórico); la obra evangelizadora de Pablo de Tarso, considerado por muchos como “el segundo fundador del Cristianismo”; y el acontecimiento de Pentecostés, cuando según Hechos de los Apóstoles, Jesús cumple su promesa de enviar al Paráclito (Consolador).

Finalmente, en el tercer capítulo, ahondaremos en la respuesta tenida por la Teología Cristiana como la más acertada frente a la cuestión sobre el origen histórico del Cristianismo, basándonos tanto en datos bíblicos como en la información suministrada por importantes teóricos y teólogos.

Esta investigación, al pretender señalar el acontecimiento o la serie de acontecimientos históricos que dieron origen al movimiento cristiano en la Palestina heleno- romana, aborda desde un punto de vista nuevo y original el Cristianismo, a partir del reconocimiento de su enorme influencia en la formación de la misma cultura occidental y la orientación que los hechos históricos han venido siguiendo desde que la humanidad escuchó el mensaje del hombre de la cruz. Las investigaciones anteriores se han interesado en el Cristianismo como objeto de estudio desde un abordaje más teológico que histórico- crítico, arguyendo un conjunto de ideas y argumentos, todos ellos venidos de interior mismo de quienes conforman el grupo de los creyentes. Por el contrario, aquí tendremos como puntos de reflexión la investigación imparcial de historiadores que, lejos de todo presupuesto de fe, desarrollan objetivamente un estudio bastante serio, no para competir con el de la fe o quitarle a este su sustento, sino al contrario, para asentarlos en presupuestos que le

den la mayor claridad y evidencialidad al contenido teológico sobre uno de los mayores dogmas del Cristianismo: su aparición como parte de la voluntad divina, que se ha revelado a los hombres de todos los tiempos, culturas y lugares.

CAPÍTULO I

MARCO POLÍTICO- RELIGIOSO DE LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO Y DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE SU EXPANSIÓN

1.1 DATOS BÍBLICOS.

Desde sus mismos orígenes, el Evangelio¹, base fundamental del Cristianismo, se injertó en la historia humana. De hecho, eso es el Evangelio: las buenas nuevas de que en Jesucristo Dios se ha introducido en nuestra historia, en pro de nuestra redención.

Los autores bíblicos no dejan lugar a dudas acerca de esto. El Evangelio de San Lucas nos dice que el nacimiento de Jesús tuvo lugar en tiempo de Augusto César, y “*siendo Cirenio gobernador de Siria*”². Poco antes, el mismo evangelista coloca su narración dentro del marco de la historia de Palestina, al decirnos que estos hechos sucedieron “*en los días de Herodes, rey de Judea*”³.

El Evangelio de San Mateo se abre con una genealogía que enmarca a Jesús dentro de la historia y las esperanzas del pueblo de Israel, y casi seguidamente nos dice también que Jesús nació “*en días del rey Herodes*”⁴. Marcos nos da menos detalles, pero no deja de señalar que su libro trata de lo que “*aconteció en aquellos días*”⁵.

¹ ευ = bien + αγγελια = noticia. Buena Noticia, la Revelación de Jesús.

² Lc.2,2.

³ Lc.1,5.

⁴ Mt.2,1.

⁵ Mc.1,9.

El Evangelio de San Juan quiere asegurarse de que no pensemos que todas estas narraciones tienen un interés meramente transitorio, y por ello comienza afirmando que el Verbo que fue hecho carne en medio de la historia humana⁶ es el mismo que “*era en el principio con Dios*”⁷. Pero después todo el resto de este Evangelio se nos presenta a modo de narración de la vida de Jesús. Por último, un interés semejante puede verse en la Primera Epístola de San Juan, cuyas primeras líneas declaran que “lo que era desde el principio” es también “*lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos*”⁸.

Esta importancia de la historia para comprender el sentido de nuestra fe no se limita a la vida de Jesús, sino que abarca todo el mensaje bíblico. En el Antiguo Testamento, buena parte del texto sagrado es de carácter histórico. No sólo los libros que generalmente llamamos “históricos”, sino también los libros de la Ley —por ejemplo, Génesis y Éxodo, y de los profetas nos narran una historia en la que Dios se ha revelado a su pueblo. Aparte de esa historia, es imposible conocer esa revelación.

También en el Nuevo Testamento encontramos el mismo interés en la historia. Lucas, después de completar su Evangelio, siguió narrando la historia de la Iglesia cristiana en el libro de Hechos. Esto no lo hizo Lucas por simple curiosidad anticuaria. Lo hizo más bien por fuertes razones teológicas. En efecto, según el Nuevo Testamento la presencia de Dios entre nosotros no terminó con la ascensión de Jesús. Al contrario,

⁶ Jn.1,14.

⁷ Jn.1,2.

⁸ 1Jn.1,1.

el propio Jesús les prometió a sus discípulos que no les dejaría solos, sino que les enviaría otro Consolador⁹.

Y al principio de Hechos, inmediatamente antes de la ascensión, Jesús les dice que recibirán el poder del Espíritu Santo, y que en virtud de ello le serán testigos “*hasta lo último de la tierra*”¹⁰. La venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés marca el comienzo de la vida de la Iglesia. Por lo tanto, lo que Lucas está narrando en el libro que generalmente llamamos “Hechos de los Apóstoles” no es tanto los hechos de los apóstoles como los hechos del Espíritu Santo a través de los apóstoles. Lucas escribe entonces dos libros, el primero sobre los hechos de Jesucristo, y el segundo sobre los hechos del Espíritu. El segundo libro, empero, casi parece haber quedado inconcluso. Al final de Hechos, Pablo está todavía predicando en Roma, y el libro no nos dice qué fue de él ni del resto de la Iglesia. Esto tenía que ser así, porque la historia que Lucas está narrando necesariamente no ha de tener fin hasta que el Señor venga.

A veces en el curso de esta historia habrá momentos en los que nos será difícil ver la acción del Espíritu Santo. Habrá quienes utilizarán la fe de la Iglesia para enriquecerse o para engrandecer su poderío personal. Otros habrá que se olvidarán del mandamiento de amor y perseguirán a sus enemigos con una saña indigna del nombre de Cristo. En algunos períodos nos parecerá que toda la Iglesia ha abandonado por completo la fe bíblica, y tendremos que preguntarnos hasta qué punto la Iglesia puede

⁹ Jn.14,16-26.

¹⁰ Hch1,8.

verdaderamente llamarse cristiana. En tales momentos, quizás nos convenga recordar dos puntos importantes.

El primero de estos puntos es que la historia a la que nos estamos refiriendo es la historia de los hechos del Espíritu Santo; pero es la historia de esos hechos entre gentes pecadoras como nosotros. Esto puede verse ya en el Nuevo Testamento, donde Pedro, Pablo y los demás apóstoles se nos presentan a la vez como personas de fe y como miserables pecadores. Y, si ese ejemplo no nos basta, no tenemos más que mirar a los “santos” de Corinto a quienes Pablo dirige su primera epístola.

El segundo punto que debemos recordar es que ha sido precisamente a través de esos pecadores y de esa Iglesia al parecer totalmente descarriada que el Evangelio ha llegado hasta nosotros. Aún en medio de los siglos más oscuros de la vida de la Iglesia, nunca faltaron cristianos que amaron, estudiaron, conservaron y copiaron las Escrituras, y que de ese modo las hicieron llegar hasta nuestros días. Además, según iremos viendo en el curso de esta historia, nuestro propio modo de interpretar las Escrituras no deja de manifestar el impacto de esas generaciones anteriores. Una y otra vez a través de los siglos el Espíritu Santo ha estado llamando al pueblo de Dios a nuevas aventuras de obediencia. Nosotros también somos parte de esa historia, de esos hechos del Espíritu.

1.2 SURGIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Lo que hoy llamamos Cristianismo surgió en el seno del Judaísmo, por entonces ya tipificado y diversificado, como un movimiento muy entusiasta y carismático, inexplicable sin una experiencia religiosa muy peculiar, y que se caracterizaba por una relación muy especial a Jesús, a quien sus discípulos atribuían un papel singularísimo junto a Dios. Este movimiento se diversificó también muy pronto y fue diferente en Galilea (Documento Q), en Jerusalén (especial importancia de las tradiciones de la muerte y resurrección); pero la diversidad se hizo mucho mayor cuando, primero los helenistas y después Pablo, dieron el paso de abrirse a los gentiles en la diáspora, fuera de Palestina. Un movimiento entusiasta y carismático, por su propia naturaleza, tiende a expresarse de formas muy diferentes¹¹.

Las relaciones con el Judaísmo, las actitudes ante la sociedad y el Imperio, la prolongación posterior de líneas que se pueden constatar desde muy pronto (trayectoria petrina, paulina, sapiencial, joánica) fueron factores que explican que muchos autores hablen de los “Cristianismos primitivos¹²”.

En el seno mismo de las trayectorias mencionadas se introdujo a finales del siglo I y en el II una pluralidad interna muy notable. Diferentes corrientes cristianas reivindicaban la autoridad de las grandes personalidades del pasado para legitimarse. La línea que triunfa, conocida como “proto-ortodoxia”, lo hace en confrontación

¹¹ F. VOUGA, Los primeros pasos del Cristianismo. Escritos, protagonistas, debates. Madrid: EVD. 2001. 297 p.

¹² CROSSAN, J.D., El nacimiento del cristianismo, Barcelona, Crítica, 2002.

fundamentalmente con el judeocristianismo radical (que hubiese hecho imposible la extensión universal) y con el gnosticismo¹³.

La proto-ortodoxia que triunfó tenía una gran capacidad inclusiva, como se ve en la enorme pluralidad del Canon del Nuevo Testamento. Es un triunfo que puede explicarse con muy buenas razones sociológicas y teológicas, pero que no nos puede llevar a olvidar las líneas cristianas que quedaron arrumbadas en este proceso.

Por la enorme variedad de fuentes “históricas” que sugieren gran cantidad de elementos presentes en el contexto del Judaísmo temprano en el que nace el Cristianismo, elementos todos ellos que influyeron sobremanera en la constitución y consolidación de éste, es necesario cribar todas las teorías existentes, con el fin de entresacar los elementos comunes a ellas que nos permitan una comprensión global de las circunstancias históricas, políticas, sociales y religiosas, que se convirtieron en el “nido” del Cristianismo, como sistema religioso independiente. Esos elementos comunes en el estudio historiográfico de este contexto antes mencionado podemos exponerlos en las ideas siguientes:

¹³ El gnosticismo es un complejo sistema sincretista de creencias provenientes de Grecia, Persia, Egipto, Siria, Asia Menor, etc. Es de notar la influencia platónica. Por su complejidad, la cantidad de sectas gnósticas y la diversidad de sus creencias, es muy difícil de entender o de sintetizar el gnosticismo.

Se les llama "gnósticos" por la "gnosis" (conocimiento), ya que afirmaban tener conocimientos secretos obtenidos de los apóstoles y no revelados sino a su grupo elite, los iluminados capaces de entender esas cosas. Enseñaban conocimientos secretos de lo divino mientras que la doctrina del Cristianismo ortodoxo era asequible a todos.

Muchos grupos gnósticos se tenían por cristianos, por lo que causaban una enorme confusión. Es por eso que la Iglesia tuvo que confrontar los errores del gnosticismo y diferenciarlos del Cristianismo auténtico. Desde sus orígenes, las creencias gnósticas fueron rechazadas por los cristianos por ser una peligrosa falsificación del Evangelio.

1.3 EL TRASFONDO JUDÍO.

Jesús de Nazaret fue un judío palestino condenado a muerte por Poncio Pilatos, el procurador de la provincia de Judea, la cual comprendía el territorio del viejo reino hebreo de Judea. El Cristianismo surgió del Judaísmo, por lo que conviene volverse hacia el mundo político- religioso judío con el fin de encontrar los inicios del Cristianismo.

En tiempos helénicos, el pueblo judío había disfrutado de considerable independencia, bajo los gobernantes seleúcidas¹⁴. El involucramiento de los romanos con los judíos inició en el año 63 a.C.; y, alrededor del año 6 de nuestra era, Judea se convirtió en una provincia puesta bajo el mando de un procurador romano. No obstante, siguió la intranquilidad, aumentada por las divisiones entre los mismos judíos:

- Los saduceos pugnaban por una fidelidad rígida a la ley hebrea, rechazaban toda posibilidad de inmortalidad personal y estaban a favor de la cooperación con los romanos.
- Los fariseos seguían rigurosamente el rito judío y aunque deseaban liberar a Judea del control romano, no apoyaban los medios violentos para alcanzar esta meta.

¹⁴ “Entre 201 y 200 a.C., el rey Antíoco III, de la familia de los seleúcidas, los soberanos de Siria, consigue arrancar a los tolomeos toda la Palestina, comprendida Judea; una vez más a Israel le toca cambiar de amo. Las relaciones de los judíos con el nuevo soberano parece que fueron inicialmente excelentes. Según Flavio Josefo, los judíos habrían ayudado incluso a Antíoco III a derrotar a la guarnición tolomaica presente en Jerusalén. En todo caso, Judea hizo pronto un completo acto de sumisión, manteniendo a cambio los seleúcidas el estatuto de autonomía interna de que habían gozado ya bajo los tolomeos, además de una serie nada despreciable de privilegios fiscales”. JACKSON CASE, Shirley. *Los forjadores del Cristianismo*. T. I. Barcelona: Libros CLIE, 1987.

- Los esenios eran una secta judía que vivía en comunidad religiosa cerca del Mar Muerto. Tal y como se revela en los rollos del Mar Muerto –una colección de documentos descubiertos en 1947- los esenios, al igual que otros judíos, esperaban un Mesías que salvaría a Israel de la opresión, comunicaría el reino de Dios y negociaría el verdadero paraíso en la tierra.
- Un cuarto grupo, los zelotes, eran extremistas militantes que propugnaban el derrocamiento violento de la dominación romana. Una revuelta judía en el año 66 de nuestra era fue sofocada por los romanos tras cuatro años. El Templo de Jerusalén fue destruido y el poder romano se impuso una vez más de manera absoluta en Judea.

En medio de la confusión y de los conflictos en Judea, Jesús de Nazaret (6 a.C-30 d.C.), inició su predicación pública. Jesús creció en Galilea, importante centro de los militantes zelotes. El mensaje de Jesús, básicamente, era muy simple. Dio seguridades a sus camaradas judíos de que no intentaba minar su religión tradicional: *“No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolirlos, más bien a darles cumplimiento¹⁵”*. De acuerdo con Jesús, lo importante no era el rígido fanatismo de la letra de la ley y el sometimiento a las reglas y a las prohibiciones, más bien la transformación de lo íntimo de la persona: *“Así, en todos los casos, haz a los demás lo que te gustaría que los otros te hicieran, puesto que esto resume la ley y los profetas¹⁶”*. El mandamiento de Dios era muy sencillo, amar a

¹⁵ Mt.5,17-19.

¹⁶ Lc.6,31.

Dios y al prójimo: *“Ama al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, toda tu alma, toda tu mente y con toda tu fuerza. El segundo mandamiento es: ama a tu prójimo como a ti mismo¹⁷”*. En el Sermón de la Montaña, Jesús expresó los conceptos éticos – humildad, caridad y amor fraterno- que conformarían las bases del sistema de valores de la civilización occidental medieval. Por supuesto, no coincidían con los valores de la clásica Civilización Greco- romana.

Si bien hubo gente que saludó a Jesús como el Mesías que libraría a Israel de la opresión e instauraría el reino de Dios sobre la tierra, Jesús habló de un reino celestial y no de un reino terrenal: *“Mi reino no es de este mundo¹⁸”*. En consecuencia, defraudó a los radicales. Por su parte, los líderes religiosos conservadores juzgaron que Jesús socavaba el respeto hacia la religión judía tradicional. Para las autoridades romanas de Palestina y sus aliados locales, el nazareno era un revolucionario en potencia, capaz de transformar las esperanzas judías de un reino mesiánico en una revuelta contra Roma. Por estas acusaciones Jesús fue entregado a las autoridades romanas, quienes lo crucificaron¹⁹; Poncio Pilatos, procurador romano para la Judea, dictó la sentencia, instigado por los líderes religiosos judíos.

Empero esto no resolvió el conflicto. Unos pocos fieles seguidores de Jesús, difundieron la noticia de que Jesús había vencido la muerte, había resucitado y luego había ascendido a los cielos. La noticia de la resurrección de Jesús se volvió el dogma más importante de la doctrina cristiana. Jesús era aclamado en este momento como el

¹⁷ Mc.12,28-30.

¹⁸ Jn,18,36.

¹⁹ Jn,19,12-16.

“ungido” (Χριστο en griego), el Mesías, quien regresaría e instauraría el reino de Dios en la tierra.

El Cristianismo inició como un movimiento religioso dentro del Judaísmo, y así lo consideraron las autoridades romanas durante muchas décadas. A pesar de que la tradición afirma que uno de los discípulos de Cristo, Pedro, fundó la Iglesia Cristiana en Roma, el personaje más importante de los primeros tiempos del Cristianismo – después de Jesús- fue Pablo de Tarso (5-67 d.C.). Pablo se acercó a los no judíos y transformó el Cristianismo de una secta judía en un movimiento religioso más amplio.

Llamado el “segundo fundador del Cristianismo²⁰”, Pablo fue un judío, ciudadano romano, muy influido por la cultura griega helenística. Creía que el mensaje de Cristo debería ser predicado no sólo a los judíos, sino también a los gentiles (los no judíos). Pablo fue pionero en la fundación de comunidades cristianas a todo lo largo de Asia Menor y en las costas del Mar Egeo.

Fue Pablo quien proveyó un fundamento universal para la difusión de las ideas de Cristo. Enseñó que Cristo era, en efecto, un Dios redentor, el Hijo de Dios, que había venido a la tierra para salvar a todos los seres humanos, pecadores, a causa del pecado original cometido por Adán al desobedecer a Dios. Con su muerte, Cristo había expiado los pecados de la humanidad y había hecho posible que todos los hombres y mujeres experimentaran un nuevo inicio con la posibilidad de la salvación personal. Aceptando a Cristo como salvador, ellos además podrían ser salvados.

²⁰ BARBAGLIO, G., Pablo de Tarso y los orígenes Cristianos. Salamanca, Sígueme, 1997.

Desde el s. I, el Cristianismo inició a propagarse, bajo la guía de san Pedro y de los apóstoles, y después de sus sucesores. Se asiste, por tanto, a un progresivo aumento de los seguidores de Cristo, sobre todo dentro de los confines del Imperio Romano: a inicios del s. IV eran aproximadamente el 15% de la población del imperio, y estaban concentrados en las ciudades y en la parte oriental del estado romano. La nueva religión se difundió, de todos modos, también más allá de esas fronteras: en Armenia, Arabia, Etiopía, Persia, India²¹.

Al principio, el Cristianismo se diseminó con lentitud. A pesar de que las enseñanzas del primitivo Cristianismo se difundían mayormente por la prédica de los cristianos proselitistas, además hicieron su aparición materiales escritos. Pablo escribió una serie de cartas, o epístolas, que delineaban las ideas y creencias cristianas en diferentes comunidades. Asimismo, algunos de los discípulos de Cristo bien pudieron conservar algunos de los dichos del Maestro en forma escrita, y los transmitieron como memorias personales, que después llegaron a constituir las bases de los Evangelios escritos –la buena nueva, respecto a Cristo– los cuales trataron de formular un registro de la vida y de las enseñanzas de Jesús, y establecieron el núcleo del Nuevo Testamento²². A pesar de que Jerusalén fue el primer centro del Cristianismo, su destrucción por los romanos en el año 70 de nuestra era dejó a las Iglesias cristianas con una considerable independencia²³.

²¹ F. VOUGA, Los primeros pasos del Cristianismo. Escritos, protagonistas, debates. Madrid: EVD. 2001. 297 p.

²² DEIROS, Pablo. *Historia del Cristianismo*. Buenos Aires: C. B. de P., 1980.

²³ BLÁZQUEZ, J.M., El nacimiento del Cristianismo. Madrid: Síntesis, 1990.

Alrededor del año 100, se habían fundado Iglesias cristianas en muchas de las ciudades principales de Oriente, así como en algunos lugares de la parte occidental del Imperio. Muchos de los primeros cristianos provenían de las filas de los judíos helenizados y de las poblaciones del oriente de habla griega. Pero en los siglos III y IV, un creciente número de seguidores hablaban latín. Una traducción latina del Nuevo Testamento, escrito originalmente en griego, aparecida poco después del año 200, ayudó a este proceso.

Los grupos de primeros cristianos se reunían al atardecer en casas privadas para compartir una comida comunal, llamada ágape, o banquete de amor, y para celebrar lo que llegó a relacionarse como el sacramento de la Eucaristía, o cena del Señor, celebración comunal de la última cena de Cristo²⁴: *“Entretanto comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed; éste es mi cuerpo. Luego tomó una copa, dio gracias y la ofreció, diciendo: bebed todos de esta copa. Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”²⁵*.

Al formarse las primeras comunidades cristianas, tenían una organización flexible, en la que hombres y mujeres desempeñaban funciones importantes. Algunas mujeres ejercían posiciones relevantes y, a menudo, como predicadoras. Las Iglesias locales se congregaban bajo el gobierno de consejos de ancianos (o presbíteros), pero, a principios del segundo siglo, ciertos funcionarios conocidos como obispos llegaron a

²⁴ Hch.2,42-47.

²⁵ Mc.14,22-25.

ejercer considerable autoridad sobre los presbíteros. Estos obispos basaban su posición de superioridad en la sucesión apostólica: como sucesores de los doce primigenios apóstoles de Jesús, eran los delegados vivientes del poder de Cristo²⁶.

Los obispos solamente eran varones, indicio claro de que en el siglo I de nuestra era la mayor parte de las comunidades cristianas coincidían con el punto de vista de Pablo, respecto que las mujeres cristianas deberían estar sujetas a la autoridad de los varones cristianos.

A pesar de que algunos de los valores fundamentales del Cristianismo diferían marcadamente de los del mundo Greco- romano, al principio los romanos no prestaron mucha atención a los cristianos, a quienes consideraban simplemente una secta del Judaísmo. La propia estructura del Imperio Romano ayudó al crecimiento del Cristianismo. Los misioneros cristianos –incluyendo algunos de los doce apóstoles o discípulos originales de Cristo- utilizaron los caminos romanos para llevarse por todo el Imperio difundiendo la “Buena Nueva”.

No obstante, como transcurrió el tiempo, la actitud de los romanos hacia el Cristianismo comenzó a modificar. Los romanos fueron tolerantes con otras religiones, salvo en el momento que amenazaban el orden o la moral públicos. Muchos romanos llegaron a considerar el Cristianismo peligroso para el orden del Estado romano. Estas opiniones a menudo se basaron en interpretaciones erróneas. Por ejemplo, la práctica de la Cena del Señor dio origen a rumores de que los cristianos practicaban crímenes horribles, como el asesinato ritual de niños. Si bien

²⁶ M. SIMON- A. BENOIT, El Judaísmo y el Cristianismo antiguo Barcelona, 1972.

sabemos que estos rumores eran falsos, ciertos romanos los creyeron y los manipularon en tiempos de crisis para incitar al pueblo contra los cristianos. Es más, como los cristianos llevaban a cabo sus reuniones en secreto y parecían estar en comunicación con cristianos localizados en otras áreas, el gobierno podía juzgarlos potencialmente peligrosos para el Estado.

Algunos romanos pensaron que los cristianos eran excluyentes en exceso y, por lo tanto, nocivos para la comunidad y el orden público. Los cristianos rechazaban a otros dioses y, en consecuencia, se abstenían de acudir a los festivales públicos que honraban a esas deidades. Por último, los cristianos se rehusaban a intervenir en la adoración de los dioses del Estado y en el culto imperial. Dado que los romanos consideraban estas ceremonias importantes para la vida de sus ciudades, el rechazo de los cristianos ponía en peligro la seguridad del Estado, siendo a la vez un acto de traición, punible con la muerte.

Además constituía una prueba de ateísmo (no creer en los dioses) y estaba sujeto a castigo bajo estos cargos. No obstante, para los cristianos –quienes creían que únicamente había un solo y verdadero Dios- la adoración de los dioses del Estado y de los emperadores era idolatría, lo cual pondría en peligro su propia salvación.

La persecución romana de los cristianos, mientras el primer y segundo siglos de nuestra era nunca fue sistemática, más bien sólo esporádica y local. La persecución inició en el reinado de Nerón. Habiendo destruido el fuego gran parte de Roma, el emperador usó a los cristianos como chivos expiatorios, los acusó de incendio premeditado y de odio a la raza humana, y los sometió a atroces muertes en Roma. En

el segundo siglo, en gran medida los cristianos fueron ignorados y considerados inofensivos. Al término de los reinados de los cinco buenos emperadores, los cristianos aún representaban una pequeña minoría, pero con una fe considerable. Esta fuerza se basaba en la certeza de la moralidad de su conducta, convicción reforzada por la disponibilidad de los primeros cristianos a convertirse en mártires en aras de su fe²⁷.

1.4 EL CRECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

La persecución esporádica de los cristianos por los romanos en los siglos I y II no pudo detener en absoluto el crecimiento del Cristianismo. Al contrario, sirvió para fortalecer el Cristianismo como institución en los siglos III y IV, causa que modificará su débil estructura del primer siglo, y avanzará hacia una más centralizada organización de sus diversas comunidades eclesiales.

Un elemento crucial para este cambio fue el visible papel de los obispos. Si bien eran aún elegidos por la comunidad, los obispos iniciaron a asumir mayor control, constituyéndose el obispo como jefe y los presbíteros como clérigos sujetos a la autoridad del obispo. Alrededor del siglo III los obispos eran nominados por los clérigos, simplemente aprobados por la congregación y luego oficialmente consagrados para el cargo. La Iglesia cristiana iba haciendo una bien definida

²⁷ TEJA, R., El Cristianismo primitivo en la sociedad romana, Madrid: Ed. Istmo, 1990.

estructura jerárquica, en la que los obispos y los clérigos eran funcionarios asalariados, separados de los laicos, o miembros regulares de la Iglesia²⁸.

El Cristianismo creció poco a poco en el primer siglo, se arraigó en el segundo y se difundió ampliamente en el tercero. ¿Por qué fue el Cristianismo capaz de atraer a tantos seguidores? Los historiadores no están del todo seguros, pero han ofrecido varias respuestas a esta pregunta. Ciertamente, el mensaje cristiano tuvo mucho que ofrecer al mundo romano. La promesa de la salvación, posible por la muerte y resurrección de Cristo, ejerció un inmenso atractivo en un mundo lleno de sufrimiento e injusticia.

El Cristianismo parecía imbuir la vida con un significado y un propósito que estaban más allá de las simples cosas materiales de la realidad cotidiana. En segundo lugar, el Cristianismo no era del todo desconocido. Podía simplemente ser considerada como otra religión misteriosa occidental que prometía la inmortalidad como efecto de la muerte sacrificial de un Dios salvador.

Al mismo tiempo, brindaba ventajas de las que carecían otras religiones misteriosas. Cristo había sido un ser humano, y no una figura mitológica, como Isis o Mitra. Es más, el Cristianismo tuvo un atractivo universal. Asimismo, el Cristianismo dotó de un nuevo significado a la vida, y brindó lo que las religiones oficiales de Roma jamás pudieron: una relación personal con Dios, así como un eslabón con un mundo superior.

²⁸ ORLANDIS, J., Historia de la Iglesia, Madrid: Rialp, 2001.

Por último, el Cristianismo satisfizo la necesidad humana de pertenencia. Los cristianos integraron comunidades unidas unas con otras en las que las personas podían expresar su amor ayudándose mutuamente y ofreciendo auxilio a obres, enfermos, viudas y huérfanos. El Cristianismo satisfizo la necesidad de pertenencia en una forma en la que el enorme, impersonal y remoto Imperio Romano jamás pudo. El Cristianismo pareció atractivo para todas las clases. La promesa de la vida eterna se ofrecía a todos: ricos, pobres, aristócratas, esclavos, hombres y mujeres²⁹. Como Pablo enunció en su Epístola a los Colosenses: *“Deben revestirse del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto a imagen de su Creador, donde no existen el griego o el judío, el circunciso o el incircunciso, el bárbaro, el escita, el esclavo o el hombre libre, más bien que Cristo es todo y está en todo”*³⁰. A pesar de que no desarrolló un llamado a la revolución o a la revuelta social, el Cristianismo puso énfasis en un sentido de igualdad espiritual para todos los pueblos.

Una vez que la Iglesia Cristiana estuvo mejor organizada, dos emperadores del siglo tercero respondieron con más persecuciones sistemáticas. El emperador Decio (249-251) culpó a los cristianos de los desastres que asolaron a Roma en el aciago siglo III: fueron ellos quienes no adoraron a los dioses del Estado y, en consecuencia, éstos se vengaron contra los romanos. Es más, conforme la organización administrativa de la Iglesia crecía, Decio juzgaba que el Cristianismo se asemejaba más y más a un Estado

²⁹ KESSLER, Juan. Diálogos sobre la historia de la Iglesia. San José, Costa Rica: Instituto Vos, Lacy, G., 2003.

³⁰ Col.3,9-11.

dentro del Estado que iba socavando el Imperio. En consecuencia, inició la primera persecución sistemática de cristianos. Se requirió a todos los ciudadanos presentarse ante los magistrados locales y ofrecer sacrificios a los dioses romanos. Por supuesto, los cristianos se negaron. No obstante, los planes de Decio fallaron. Los funcionarios locales no cooperaron y además el reinado de Decio no fue tan largo. La última gran persecución la ordenó Diocleciano, al inicio del siglo IV, pero ya era demasiado tarde. El Cristianismo se había fortalecido mucho, como para ser erradicado por la fuerza. La mayoría de los paganos había aceptado la existencia del Cristianismo.

En el siglo IV, el Cristianismo prosperó como nunca antes. El emperador Constantino desempeñó una función importante en el Cristianismo, al que apoyó aparentemente desde el 312, en el momento que su ejército debía librar una batalla crucial contra Majencio en el puente Milvio, que cruzaba el río Tíber, al norte de Roma. De acuerdo con una historia tradicional, al entrar en una batalla decisiva, tuvo la visión de una cruz cristiana con la leyenda: “Con este signo vencerás”. La tradición prosigue que habiendo ganado la batalla, Constantino se convenció del poder del Dios cristiano. A pesar de que no fue bautizado más bien que hasta el final de su vida, en el año 313 promulgó el famoso Edicto de Milán, por el que oficialmente se toleraba la existencia del Cristianismo. Después de Constantino, los emperadores fueron cristianos, con excepción de Juliano (360-363), quien trató brevemente de restaurar la religión politeísta grecorromana tradicional. No obstante, él murió en una batalla y su gobierno fue demasiado corto como para generar algún efecto. Bajo Teodosio “El grande” (378-395), el Cristianismo fue declarado la religión oficial del Imperio

Romano. Una vez en el poder, los líderes cristianos utilizaron su influencia para proscribir las prácticas religiosas paganas. El Cristianismo había triunfado³¹.

³¹ ORLANDIS, J., Historia del Cristianismo, Madrid: Rialp, 1983.

CAPÍTULO II

TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

2.1 UNA CUESTIÓN CON POSIBLES “RESPUESTAS”.

Existen en relación al tema de los orígenes del Cristianismo diversas posturas, pues en un movimiento religioso que nació, no de una revelación divina patente, apoteósica y milagrosa en su génesis, como en el caso del Judaísmo y el Islamismo; sino de la epifanía humilde y velada a los poderosos, casi insignificante (se pone en el mundo como un hecho humano cualquiera), que fue adquiriendo matices de revelación divina a medida que se configuraba el mensaje de Jesús y se extendía su doctrina por los ambientes y espacios de su natal Galilea; y en la que él mismo afirmaba no controvertir la ley ni la religión mosaica, sino darle plenitud, viviendo así como un judío practicante y cumplidor; resulta complejo seguir los hilos históricos de los acontecimientos narrados por los Evangelios, de tal forma que pueda establecerse con precisión el momento en que sea plausible hablar de Cristianismo en el sentido pleno del término.

Por eso se hace necesario revisar las afirmaciones que desde el estudio bíblico se han presentado y que constituyen las bases del contenido teológico.

Este capítulo tiene por cometido desarrollar una breve pero clara exposición y revisión de los principales postulados hermenéuticos y exegéticos que afirman tener la respuesta a la cuestión del origen histórico del Cristianismo. Es apenas una pequeña alusión a esta temática de tanta importancia para entender el Mensaje de

Jesús desde sus albores, en la raíz genuina de la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, tal y como la vivieron sus contemporáneos y discípulos más cercanos en el tiempo. Tales teorías son, a saber: El nacimiento de Cristo (Jesús histórico); la obra evangelizadora de Pablo; y Pentecostés.

2.2 PRIMERA RESPUESTA: NACIMIENTO DE CRISTO: JESÚS HISTÓRICO, COMO RESPUESTA A LA CUESTIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO.

La investigación histórica sobre Jesús ha conocido diversas fases. Existió una primera que se basaba sólo en contenidos de fe, tomando de forma indiscutible los datos aportados por la Sagrada Escritura, particularmente por los Evangelios, que eran considerados “biografías” de Jesús, en las que era posible encontrar todas las referencias “literales” sobre su vida, palabras, acciones, actitudes, enseñanzas... Esta postura “irreflexiva” sobre la información suministrada de Jesús por los Evangelios se mantuvo hasta fines del siglo XV, constituyendo la actitud de base para todo el desarrollo teológico de la Patrística, la Apologética y la doctrina teológica Medieval. Con el nacimiento de la Edad Moderna, la nueva expresión del pensamiento filosófico y teológico a partir de los solos conceptos suministrados por la “doctrina”, generó todo un replanteamiento de los presupuestos teológicos sostenidos hasta ese momento histórico por la Iglesia, llegando algunas posturas más radicales incluso a negar la existencia histórica de Jesús, aduciendo que la relación que se hace de él corresponde a una fantástica producción literaria de grupos semitas que

esperaban la milagrosa intervención de Dios en la historia de un pueblo que había gozado sus prerrogativas, entre ellas haber sido elegido para recibir al Mesías anunciado por los profetas, en especial por Isaías.

Esta hermenéutica racionalista y positivista del Texto Sagrado dejó casi sin fundamento de fe todo el contenido dogmático de la Iglesia Jesús, postura que fue declinando progresivamente hasta encontrar su cima en el Concilio Vaticano II, cuando con la Dei Verbum se definió la Sagrada Escritura como Revelación de Dios, acerca del proyecto de salvación que involucra a todos los hombres de todos los tiempos y lugares; y no como un tratado científico o histórico con verdades de esos órdenes del conocimiento irrefutables.

Esta compleja y extensa discusión sobre las “verdades de fe” contenidas en la Revelación neotestamentaria sobre Jesús de Nazaret (Jesús histórico), sumado a la diversidad de fuentes (pues no todo lo que ‘conocemos’ de la vida de Jesús nos ha llegado por cuenta de los libros canónicos); a la enorme variedad de origen de las mismas; así como las dificultades para su estudio historiográfico objetivo y veraz, hacen que a la hora de establecer con precisión los elementos que permitan tener certezas de quién era Jesús en realidad (cuestión ésta no debatida por la fe por la fe, sino por todo el estudio científico) y de los orígenes históricos del Cristianismo.

Sin embargo, es posible realizar una sinopsis de los datos certeros que sobre Jesús nos han aportado la hermenéutica y la exégesis. Los siguientes apartados nos brindarán esta información.

2.2.1 El contexto histórico y geográfico del “Jesús histórico”.

Jesús fue un judío fiel y nunca dejó de serlo. Más precisamente fue un galileo, lo que es clave para situarle debidamente. La investigación histórica y arqueológica sobre Galilea está actualmente en pleno desarrollo y las diferencias que autores muy importantes de nuestros días tienen sobre el Jesús de la historia están íntimamente relacionadas con las distintas imágenes que se hacen de la Galilea del siglo I. E. P. Sanders se imagina una Galilea pacífica y con pocas diferencias religiosas con Judea³². Freyne, sin duda el que más a fondo ha estudiado el tema, presenta una Galilea muy convulsionada por las dificultades económicas y por el proceso de urbanización³³. Crossan³⁴ y Mack³⁵ subrayan especialmente la helenización de la región y la influencia en ella de los filósofos cínicos.

El judaísmo de Galilea era muy acendrado, pero diferente al de Jerusalén, donde el papel del Templo era mayor y la presencia de escribas más numerosa; ambas regiones, desde la muerte de Salomón, se convirtieron en entidades separadas y habían tenido una historia política muy distinta. En tiempo de Jesús, Galilea era un reino vasallo de Roma bajo la dinastía herodiana, mientras que Judea estaba bajo el control directo de Roma, que tenía allí un prefecto que dependía del legado de Siria.

³² SANDERS, E.P., La figura histórica de Jesús, Estella: EVD, 2000.

³³ FREYNE, S. La geografía, política y economía de Galilea y la respuesta sobre Jesús Histórico en CHILTON, B, C.A.: Evans (eds.), 1994.

³⁴ CROSSAN, J.D., El nacimiento del Cristianismo, Barcelona, Crítica, 2002.

³⁵ MACK, B., Un mito de inocencia: Mack y los orígenes cristianos, Filadelfia: Fortress, 1988.

Jesús era de Nazaret (Mateo y Lucas sitúan su nacimiento en Belén, lo que quizá es una construcción teológica para reafirmar su ascendencia davídica; ³⁶en todo caso está claro que su infancia transcurrió en Nazaret y era conocido como natural de esta localidad³⁷. Era un pueblo pequeño y pobre, como ha puesto de manifiesto la arqueología, pero que está a solo 5 km. de Séforis, ciudad reedificada por Herodes Antipas, que la convirtió en capital de Galilea.

Este dato es muy importante. En efecto, el proceso de urbanización, en marcha desde el tiempo de Alejandro Magno, había llegado hasta Galilea que estaba rodeada de una serie de ciudades helenísticas paganas y en las que los judíos eran una minoría. Al Este las diez ciudades de la Decápolis, al otro lado del Jordán, excepto Escitópolis / Bet Shean. Al NO Tiro, Sidón y Aco / Tolemaida. Al O, en la costa del mar Mediterráneo, Cesarea Marítima, gran puerto e impresionante ciudad pagana donde residía habitualmente el prefecto romano. Al Sur, otra importante ciudad herodiana, Sebaste.

Pero el proceso de urbanización penetraba en el corazón mismo de la Galilea judía. Anteriormente mencioné a este respecto Séforis, “corona de Galilea”, la llamaba Flavio Josefo. Más tarde Antipas construyó junto al lago Tiberias, donde trasladó la capital. La urbanización era simultáneamente un proceso de helenización, aunque Séforis y Tiberias mantenían una fisonomía predominantemente judía (en Séforis no

³⁶ Cfr. 1Sam.16.

³⁷ Jn.1,46; 7,41; Mc.6,1-6.

se han encontrado restos paganos para el siglo I)³⁸, pero era el lugar de residencia de la élite de funcionarios y propietarios. Cuando posteriormente, el año 66 estalló la sublevación judía, ambas ciudades adoptaron una postura pro-romana totalmente opuesta al campesinado galileo. Utilizando una terminología técnica³⁹, se puede decir que Séforis y Tiberias no eran ciudades ortogenéticas, nacidas como desarrollo de un entorno rural y en relaciones armoniosas con él, sino heterogenéticas, es decir, en virtud de un influjo externo y que resulta un elemento extraño que rompe los equilibrios tradicionales del entorno rural.

De hecho la situación del campesinado galileo del tiempo parece que era sumamente difícil. Gravaban sobre ellos enormes cargas impositivas, con las que los herodianos financiaban su política de grandes obras públicas; a esto hay que añadir los impuestos exigidos por el Templo de Jerusalén. Las pequeñas propiedades agrícolas familiares no podían hacer frente a tal situación. Consecuentemente se daban un proceso de concentración de la propiedad, de modo que los pequeños propietarios se convertían en jornaleros, a veces incluso en esclavos, y la emigración fuera del país era muy numerosa.

La ciudad siempre ejerce una cierta fascinación sobre su entorno social. Pero esta fascinación puede ser de atracción por las nuevas formas de vida o de rechazo de los valores y costumbres que se ven como algo ajeno y perjudicial. Esto último es lo que sucedía en la Galilea del siglo I. Los sectores rurales veían con hostilidad a las

³⁸ MEYERS, E., Jesús y su contexto Galileo, en EDWARDS, D.R., Atlanta: McColough, 1997.

³⁹ FREYNE, S. La geografía, política y economía de Galilea y la respuesta sobre Jesús Histórico en CHILTON, B, C.A.: Evans (eds.), 1994.

ciudades introducidas por los herodianos, que rompían sus formas tradicionales de vida y les perjudicaban económicamente.

Se puede decir que frente a una “economía de reciprocidad” de carácter tradicional, basada en la familia como unidad de producción y consumo, los herodianos, pro-romanos imperialistas, introducían una “economía de re-distribución” en la que un gran poder central (el Imperio y el Templo) acumula una riqueza creciente, de cuyo reparto sale muy favorecida una élite.

La tensión campo - ciudad es clave para entender la función social de Jesús y su mensaje. No es exagerado afirmar que la Galilea del tiempo estaba atravesada por una crisis con hondas repercusiones culturales y económicas. Desde ahora quiero llamar la atención sobre el hecho muy significativo y probablemente nada casual de que Jesús no parezca nunca en los Evangelios visitando los núcleos urbanos importantes.

En Galilea reinaba un acendrado espíritu judío, pero la región estaba abierta a una notable influencia helenística. Basta una mirada al mapa para comprender que lo contrario sería imposible. La ribera occidental del Lago, de especial importancia en el ministerio de Jesús, estaba muy poblada y abierta a las relaciones con el entorno pagano. Cafarnaún, que fue algún tiempo centro de operaciones de Jesús, estaba muy cerca de Tiberias, la capital, y de Magdala/Tariquea, una localidad importante conocida por su industria de salazón de pescado. Los pescadores de Cafarnaún y Betsaida, ésta ya en el territorio de Filipo, inevitablemente tenía que tener relaciones con la cercana ribera oriental y pagana. Cerca de Cafarnaún pasaba la vía que llevaba a la Decápolis, como sabemos por los datos del evangelio y por el descubrimiento de

una piedra miliar, que puede verse en la actualidad en las excavaciones de la mencionada ciudad.

2.2.2 Los primeros pasos.

Tenemos poca información fiable sobre los orígenes de Jesús, sobre sus antecedentes familiares y sobre los primeros años de su vida. Este vacío ha sido colmado por la imaginación popular con numerosas leyendas, algunas muy antiguas y muy desarrolladas en diversos evangelios apócrifos.

Sabemos que sus padres se llamaban José y María y que vivían en Nazaret. Poco más podemos decir. Hay reconstrucciones plausibles atendiendo a las costumbres judías del tiempo sobre la continuación con el mismo oficio que su padre, sus visitas frecuentes a la cercana Séforis, sobre su educación judía en el seno familiar y en la sinagoga etc.

Desde muy pronto se suscitó una gran controversia en torno al origen de Jesús. Sectores judíos le acusaban de ser hijo ilegítimo de María y el reproche, que en aquella cultura resultaba gravísimo, quizá se refleje ya en los evangelios⁴⁰. Cuando tiene ya en torno a 30 años Jesús aparece acudiendo a la llamada de Juan Bautista que promueve un movimiento de conversión en el desierto, junto al río Jordán. No hay duda de que Jesús se sometió al bautizo de Juan Bautista y de que esto supuso una experiencia muy importante en su vida. Después se independizó, quizá con otros, de Juan y durante algún tiempo parece que desarrolló una actividad bautismal (el dato de Jn.3,22 difícilmente puede haber sido inventado por la comunidad cristiana y el

⁴⁰ Jn.8,41.

mismo Jn en 4,1-2 trata de corregirlo). Pero pronto la predicación de Jesús y el movimiento que promovió aparece con unas características propias y diferentes de las de Juan.

2.2.3 El reino de Dios.

Es indudable que Jesús proclamó el Reino de Dios⁴¹. La expresión aparece numerosas veces en la tradición sinóptica, pero pronto cayó en desuso en la iglesia (en Juan aparece 2 veces; en Pablo 7/8). Sí era una expresión conocida en el judaísmo del tiempo, pero no excesivamente preponderante. Y hay una serie de expresiones en torno al Reino de Dios (por ejemplo, “entrar en el Reino”) que sólo aparecen en los Evangelios.

Este dato es de vital importancia. El lenguaje no es el uso de etiquetas indiferentes o asépticas, sino que procede de una determinada experiencia, que después contribuye a cultivar. Jesús no hace una exposición sistemática en torno al Reino de Dios, utiliza un lenguaje simbólico, poético y sugerente. Parte, por supuesto, de la comprensión judía, pero la va matizando de una forma muy particular.

Hay salmos que celebran en el Templo de Jerusalén la realeza universal y permanente de Dios: *”¡Pueblos todos, tocad palmas, aclamad a Dios con gritos de alegría! Porque Yahvé, el Altísimo, es terrible, el Gran Rey de toda la tierra... ¡Tocad para nuestro Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad! Es Rey de toda la tierra. Reina Dios... Sentado en su trono sagrado”*⁴².

⁴¹ AGUIRRE, R. Del movimiento de Jesús a la Iglesia Cristiana, Estella: EVD, 1998

⁴² Sal.47; cfr. Sal.93;96-99.

Pero hay otra concepción del Reino de Dios que aparece en momentos de singular tribulación del pueblo, en el momento del exilio, reflejado en el Deutero - Isaías, y en el momento de la terrible opresión de los Seleúcidas, como se refleja en el libro de Daniel⁴³. En estos momentos el Reino de Dios se proclama en neto contraste con los reinos opresores del presente, pretende suscitar la resistencia y esperanza de un pueblo que sufre y se refiere a una intervención futura y liberadora de Dios, que cambiará la historia.

Es claro que a lo largo de la historia, quizá ya en la Biblia misma, Reino de Dios es una expresión profundamente ambigua y con funciones sociales diversas y hasta contradictorias⁴⁴. En los profetas es la expresión del ansia de liberación de los oprimidos, suscita su esperanza y tiene una fuerte carga socio-crítica.

Hay un aspecto muy importante que suele pasar desapercibido: la proclamación del Reino de Dios situado en su contexto histórico conllevaba necesariamente una carga de crítica respecto de la teología imperial. Por tal entiendo la ideología que sacralizaba las estructuras del Imperio Romano que absolutizaba la Pax Romana y divinizaba al emperador. Esta teología imperial se encontraba por todas partes: en las monedas, en las inscripciones, en los monumentos, en las festividades y en las obras de los grandes autores.

Proclamar el Reinado de Dios como valor central y supremo suponía una crítica radical de la ideología legitimadora del imperio que a los romanos no les podía dejar

⁴³ ALBERTZ, R. Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento II, Madrid: Trotta, 1999

⁴⁴ AGUIRRE, R. Raíces bíblicas de la fe cristiana, Madrid: PPC, 1997.

indiferentes. (Se explica así que San Pablo, que quiere extender el Cristianismo por el imperio, elimine prácticamente la expresión Reino de Dios, que le hubiese acarreado un conflicto mortal para sus pequeñas comunidades aún nacientes).

2.2.4 Taumaturgo popular y exorcista.

Durante mucho tiempo los llamados milagros de Jesús eran un engorro para historiadores y teólogos que no sabían qué hacer con ellos. En la Iglesia misma si no se podía eludir su explicación se recurría a interpretaciones alegorizantes. Hoy las cosas han cambiado. Hasta los críticos más radicales aceptan que Jesús realizó curaciones que sus contemporáneos consideraban milagrosas. El dato se encuentra en absolutamente todas las tradiciones evangélicas y quien lo niegue se incapacita para decir nada del Jesús histórico.

Jesús tuvo las características de un sanador popular y este es un rasgo muy importante para explicar la enorme atracción que ejercía entre la gente. *“Una gran muchedumbre, al oír lo que hacía acudió a él”*⁴⁵. Sin duda que las tradiciones de milagros de Jesús han sido muy amplificadas por la fe postpascual y por la imaginación popular. Hay relatos de milagros que son totalmente creaciones comunitarias. Habrá que ver en cada caso⁴⁶. Pero parece claro que Jesús tenía poderes taumatúrgicos, que hay que situar a la luz de lo que la antropología nos enseña sobre los llamados sanadores étnicos, que se dan prácticamente en todas las culturas.

⁴⁵ Mc.3,10; cfr 1,32-34; 1,45; 6,55-56.

⁴⁶ THEISSEN-MERZ, La renuncia a la violencia y el amor al enemigo (Mt 5, 38-48/ Lc 6,27-38) y su transfondo histórico-social”, en Estudios de sociología del Cristianismo primitivo, Salamanca: Sígueme, 1985.

Los milagros de Jesús estaban relacionados con la fe y la venida del reino. Por otra parte, Jesús y sus contemporáneos, tienen una cosmovisión supernaturalista del mundo y creen en seres intermedios y espíritus malignos: es el marco para entender los exorcismos de Jesús⁴⁷. Como las curaciones, responden a un dato histórico indudable pero que hay que saber interpretar. Es interesante notar que a diferencia de éstas, la tradición no tiende a engrandecer los exorcismos de Jesús, que no se encuentran ni en el último evangelio, el de Juan, ni tampoco en las fuentes exclusivas de Mateo y Lucas; están sólo en las fuentes más antiguas, en Mc y en Q.

2.2.5 El grupo de Jesús.

Jesús convocaba a todos los judíos en vista del Reino de Dios. Ni rompió con el judaísmo ni pretendió fundar una institución propia en Israel, ni, menos aún, aparte de Israel.

Pero el judaísmo del siglo I, sobre todo antes de la catástrofe del año 70, era enormemente plural. Precisamente porque su unidad es étnica el judaísmo no necesita propiamente una ortodoxia doctrinal; y en tiempo de Jesús había una diversidad muy grande de tendencias, grupos, interpretaciones y movimientos populares.

En torno a Jesús se formó un grupo con características propias, como sucedía con los maestros y profetas; encontramos gentes con diversos grados de vinculación con el maestro y su movimiento.

⁴⁷ TWELFTREE, G.H., Jesús, el exorcista. Una contribución al estudio de el Jesús Histórico, Hendrickson: Peabody, 1995.

- La creación de “los Doce” es muy probable que se remonte a Jesús (denominarles apóstoles es, sin embargo, postpascual). Difícilmente puede ser una invención que quien traicionó a Jesús fuese un miembro de este grupo. En la más pura tradición profética, Jesús realizó una serie de gestos simbólicos a lo largo de su vida, uno de los cuales fue la constitución de los Doce (otros gestos simbólicos fueron la purificación del Templo, las comidas con pecadores y publicanos, los gestos con el pan y el vino en la cena de despedida...). Es claro que los Doce hacen referencia a los doce patriarcas y a las doce tribus, y la creación de este grupo simboliza la voluntad de Jesús de congregar al Israel escatológico para la llegada del Reino de Dios.
- Hay también una serie de discípulos que son seguidores itinerantes de Jesús. Su número sería variable y muchas palabras de Jesús se dirigen a este grupo que lleva una vida radical y desinstalada; es evidente que entre estos discípulos hay un cierto número de mujeres, lo que no deja de ser un fenómeno muy notable.
- Un tercer círculo está formado por lo que se suele llamar “simpatizantes locales”, gentes que permanecen en sus casas y vida cotidiana pero que acogen a Jesús y a sus discípulos y, de algún modo, se identifican con ellos. Tengamos en cuenta que el ministerio itinerante de Jesús se desarrolló fundamentalmente en un área no muy extensa de Galilea.
- Más allá de estos simpatizantes locales, Jesús alcanzó un eco popular muy amplio y positivo en las zonas rurales de Galilea. Los evangelios están llenos de

indicaciones tales como “su fama se extendía por todas partes”, “acudían a él muchedumbres”, “se agolpaba la gente junto a él”, “se quedaban admirados de su enseñanza”... No hay datos para pensar que este eco popular positivo disminuyese a lo largo de la vida de Jesús. Durante su estancia final en Jerusalén, la gente (es cierto que puede tratarse, sobre todo, de galileos que han peregrinado para la fiesta) le tiene por profeta, está pendiente de sus palabras y es el favor popular con que cuenta lo que impide que las autoridades le puedan detener.

Este eco popular de Jesús podía movilizar a masas relativamente importantes de gente y este es un factor clave de la peligrosidad de Jesús a los ojos de las autoridades⁴⁸. Un profeta aislado y sin seguidores, por muy exaltados que sean sus planteamientos y proclamas, no es peligroso y no causa mayor preocupación en los responsables del orden.

2.2.6 El conflicto que desemboca en la cruz.

Nos encontramos ya hablando del conflicto en la vida de Jesús, elemento absolutamente central y clave hasta el punto de que desemboca en el hecho históricamente más claro de su vida: en su crucifixión. Los evangelios proyectan sobre la vida de Jesús los grandes conflictos que sostuvieron los cristianos con la sinagoga, sobre todo a partir del año 70. Por tanto hay que adoptar una serie de cautelas críticas para interpretarlos.

Contra lo que han solido decir autores muy famosos, aún recientes, es totalmente incorrecto hablar de oposición de Jesús al judaísmo o de ruptura con él. Pero tampoco

⁴⁸ Jn.11,46-53.

se puede negar, como pretenden algunos judíos actuales, que Jesús provocó un importante conflicto intrajudío. Es indudable que la actitud del grupo de Jesús se diferenciaba de la de otros grupos judíos del tiempo. Existían diferencias de fondo de Jesús con Juan Bautista que el pueblo captaba fácilmente. Juan es un asceta que se retira del mundo y anuncia un Dios justiciero; Jesús, lejos de tener rasgos ascéticos, busca a la gente, convive con ella y anuncia un Dios acogedor y cercano: *“Porque ha venido Juan Bautista que no comía pan ni bebía vino y decís: demonio tiene. Ha venido el hijo del hombre que come y bebe y decís: Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”*⁴⁹.

Recurriendo otra vez a un esfuerzo de síntesis, creo que en el conflicto de Jesús se pueden distinguir tres aspectos.

- A Jesús hay que situarle respecto a la tensión existente en Galilea entre el campo y la ciudad, entre las élites urbanas y el campesinado⁵⁰. La renovación de la vida social que Jesús identifica con el Reino de Dios encuentra gran eco en el campesinado galileo, respondía a sus necesidades, pero no se identificaba simplemente con la vuelta a los equilibrios tradicionales. Por el contrario, Jesús es sumamente crítico con las élites urbanas, con los herodianos y con el nuevo tipo de civilización que están introduciendo en Galilea. Creo que así se explica que Jesús, que conocía bien las ciudades a través de su experiencia en Séforis, evitase

⁴⁹ Lc.7,33-34.

⁵⁰ FREYNE, S. La geografía, política y economía de Galilea y la respuesta sobre Jesús Histórico en CHILTON, B, C.A.: Evans (eds.), 1994.

visitar los núcleos urbanos durante su ministerio que, por otra parte, se realizaba por entornos no muy lejanos de ellos (hay que exceptuar la visita de Jesús a Jerusalén, que es evidentemente una ciudad del todo singular. Durante su estancia en Galilea, Jesús no se confrontó de forma directa con los romanos, porque allí su presencia era prácticamente invisible.

- El gran conflicto de Jesús en Jerusalén fue con la aristocracia sacerdotal, y giraba, ante todo, en torno a su actitud crítica respecto al Templo. A esto se añadía que su eco popular le convertía en especialmente peligroso y consideraban necesario atajar su influencia. Juan transmite una información histórica fidedigna cuando pone en boca de los sumos sacerdotes las siguientes palabras: “¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación”. En vista de lo cual deciden darle muerte y Jesús se escondió en Efraim, una pequeña localidad en el límite del desierto, entre Judea y Samaria⁵¹.
- ¿Tuvo Jesús algún conflicto con los romanos? Durante su estancia galilea Jesús no tuvo una confrontación directa con los romanos, ¿pero que pasó una vez en Jerusalén? ¿intervino la autoridad romana en la crucifixión de Jesús? Hay una importante tendencia exegética que considera que el Evangelio de Marcos tiene mucho de “apología pro-romanos”: es un texto escrito en Roma y que encubre o disimula la peligrosidad que los romanos descubrieron en la pretensión de Jesús y el conflicto consiguiente.

⁵¹ 11,47-54.

Como hemos visto la proclamación del Reino de Dios tenía necesariamente una resonancia de crítica política y de denuncia de la teología imperial que no podía dejar indiferente a los romanos. Es indudable también que la decisión de crucificar a Jesús fue tomada por el prefecto romano, como lo indica el uso de la cruz, que era un patíbulo romano.

Dados los usos imperiales, el prefecto de la remota Galilea podía con toda facilidad y sin reparo alguno enviar al suplicio a un pobre hombre molesto, que encima contaba con la enemiga de las autoridades de su pueblo. Los textos de la comparecencia ante Pilato están muy reelaborados por razones teológicas y apologéticas. No se puede excluir que hubiese un juicio y una sentencia romana de muerte. Lo que se puede decir con mayor seguridad es que Jesús fue considerado peligroso por los romanos, que no se limitaron a confirmar una sentencia emitida según el código penal judío. Jesús había movilizadomasas, había suscitado expectativas populares intensas, que los romanos interpretaban como mesiánicas -de hecho algunos judíos consideraron a Jesús un pretendiente mesiánico- y esto le convertía en un subversivo peligroso con el que había que acabar cuanto antes.

2.3 SEGUNDA “RESPUESTA”: LA OBRA DE PABLO, EL ‘SEGUNDO FUNDADOR DEL CRISTIANISMO’.

Los viajes del apóstol Pablo son de todos conocidos, y en todo caso podemos informarnos sobre ellos en el libro de Hechos de los Apóstoles. Por tanto, no nos detendremos aquí a seguir el itinerario de esos viajes. Baste señalar que, por alguna razón que el texto no nos dice, Bernabé fue a buscar a Saulo a Tarso y le llevó a Antioquia, donde trabajaron juntos por espacio de un año, y donde los cristianos recibieron ese nombre por vez primera. Estos dos hechos, han generado en algunos autores a lo largo de la reflexión sobre los orígenes del Cristianismo, la afirmación de que es este el momento histórico en que propiamente se puede hablar de seguidores de Jesús, plenamente diferenciados de los judíos practicantes de aquellos tiempos.

Luego de trabajar en Antioquía, en varios viajes, primero con Bernabé y luego con otros acompañantes, Pablo llevó el evangelio a la isla de Chipre, a algunas ciudades del Asia Menor, a Grecia, a Roma, y quizá hasta a España.

Pero, por otra parte, decir que Pablo llevó el evangelio a esos lugares no ha de entenderse en el sentido de que él fue el primero en hacerlo. En Roma había una iglesia bastante grande antes de la llegada del apóstol, como lo muestra la Epístola a los Romanos. Lo que es más, ya el Cristianismo se había extendido por Italia hasta tal punto que cuando Pablo llegó al pequeño puerto de Puteoli había allí cristianos que salieron a recibirlo. Sin embargo, hemos de cuidar de no exagerar la importancia de la labor misionera de Pablo. Puesto que la obra de Pablo y sus escritos ocupan buena parte del Nuevo Testamento, siempre corremos el riesgo de olvidar que, al mismo

tiempo que Pablo llevaba a cabo sus viajes misioneros, había muchos otros dando testimonio del evangelio por diversas partes de la cuenca del Mediterráneo.

Bernabé y Marcos fueron a Chipre. El judío alejandrino Apolos predicó en Efeso y en Corinto. Y el propio Pablo, tras quejarse de que *“algunos predicán a Cristo por envidia y contienda”*, se goza de que *“o por pretexto o por verdad Cristo es anunciado”*⁵².

Todo esto quiere decir que, a pesar de toda la importancia de la labor misionera del apóstol Pablo, la gran contribución de Pablo no fue ésta, sino sus cartas que han venido a formar parte de nuestras Escrituras, y que a través de los siglos han ejercido su influjo sobre la vida de la iglesia.

En cuanto a la labor misionera en sí, ésta fue llevada a cabo por algunas personas cuyos nombres conocemos —Pablo, Bernabé, Marcos, etc.— pero también por centenares de cristianos anónimos que iban de un lugar a otro llevando su fe y su testimonio. Algunos de estos viajaban como misioneros, por razón de su fe. Pero probablemente muchos otros eran personas que sencillamente tenían que ir de un lugar a otro, y que en esos viajes iban esparciendo la semilla del evangelio.

Por último, antes de terminar esta brevísima sección sobre la obra de Pablo, conviene señalar que, aunque Pablo se consideraba a sí mismo como apóstol a los gentiles, a pesar de ello casi siempre al llegar a una ciudad se dirigía primero a la sinagoga, y a través de ella a la comunidad judía. Esto ha de servir para subrayar lo que hemos dicho anteriormente: que Pablo no se creía portador de una nueva religión, sino del

⁵² Flp.1:15–18.

cumplimiento de las promesas hechas a Israel. Su mensaje no era que Israel había quedado desamparado, sino que ahora, en virtud de la resurrección de Jesús, dos cosas habían sucedido: la nueva era del Mesías había comenzado, y la entrada al pueblo de Israel había quedado franca para los gentiles.

2.4 TERCERA RESPUESTA: PENTECOSTÉS, FUERZA PARA EL ENVÍO.

Los judíos celebraban una fiesta para dar gracias por las cosechas, 50 días después de la pascua. De ahí viene el nombre de Pentecostés. Luego, el sentido de la celebración cambió por el dar gracias por la Ley entregada a Moisés.

En esta fiesta recordaban el día en que Moisés subió al Monte Sinaí y recibió las tablas de la Ley y le enseñó al pueblo de Israel lo que Dios quería de ellos. Celebraban así, la alianza del Antiguo Testamento que el pueblo estableció con Dios: ellos se comprometieron a vivir según sus mandamientos y Dios se comprometió a estar con ellos siempre. La gente venía de muchos lugares al Templo de Jerusalén, a celebrar la fiesta de Pentecostés.

En el marco de esta fiesta judía es donde surge nuestra fiesta cristiana de Pentecostés. La fe religiosa viva, es más que la asociación de creencias nobles, es más que un sistema exaltado de filosofía, es una experiencia viva, que comprende los significados espirituales, los ideales divinos y los valores supremos, es conectora de Dios y servidora de los hombres." La religión de Jesús es un nuevo evangelio de fe que ha de ser proclamado a la humanidad entera. Esta nueva religión está fundada en la fe, la esperanza y el amor.

En los Hechos de los Apóstoles se recoge (en 1,8) lo que, en verdad, sería el envío de los discípulos de Cristo: *“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”*.

Poco antes (en 1,5) Jesús les dijo que *“Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”*. Era, propiamente, el episodio de la Ascensión del Señor.

Dice el Decreto Ad Gentes (Sobre la actividad misionera de la Iglesia) que *“Fue en Pentecostés cuando empezaron “los hechos de los Apóstoles”⁵³, ya que, a partir de ese momento, la diáspora apostólica inició, verdaderamente, la transmisión de la Palabra de Dios que Jesucristo había venido a traer, a hacer efectiva y posible.*

A este respecto, dice Benedicto XVI (entonces sólo Joseph Ratzinger) en “El camino pascual” que *“Pentecostés representa para San Lucas el nacimiento de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. El Espíritu desciende sobre la comunidad de los discípulos - “asiduos y unánimes en la oración”-, reunida “con María, la madre de Jesús» y con los once apóstoles. Podemos decir, por tanto, que la Iglesia comienza con la bajada del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo “entra” en una comunidad que ora, que se mantiene unida y cuyo centro son María y los apóstoles”⁵⁴.*

⁵³ AG 4.

⁵⁴ RATZINGER, J. Los orígenes de la Iglesia, Madrid: EVD, 1998.

El Espíritu de la Verdad vino a ayudar al creyente a atestiguar las realidades de las enseñanzas de Jesús y de su vida tal como la vivió en la carne, y tal como El ahora la vive en cada creyente, de cada generación de hijos de Dios llenados del Espíritu.

▪ **Pentecostés y la Iglesia.**

La Iglesia nacida con la Resurrección de Cristo, se manifiesta al mundo por el Espíritu Santo el día de Pentecostés. Por eso aquel hecho de que "*se pusieron a hablar en idiomas distintos*"⁵⁵, para que todo el mundo conozca y entienda la Verdad anunciada por Cristo en su Evangelio.

La Iglesia no es una sociedad como cualquiera; no nace porque los apóstoles hayan sido afines; ni porque hayan convivido juntos por tres años; ni siquiera por su deseo de continuar la obra de Jesús. Lo que hace y constituye como Iglesia a todos aquellos que "*estaban juntos en el mismo lugar*"⁵⁶, es que "*todos quedaron llenos del Espíritu Santo*"⁵⁷.

Una semana antes, Jesús se había "ido al Cielo", y todos los que creemos en Él esperamos su segunda y definitiva venida, mientras tanto, es el Espíritu Santo quien da vida a la Iglesia, quien la guía y la conduce hacia la verdad completa.

Todo lo que la Iglesia anuncia, testimonia y celebra es siempre gracias al Espíritu Santo. Son dos mil años de trabajo apostólico, con tropiezos y logros; aciertos y errores, toda una historia de lucha por hacer presente el Reino de Dios entre los

⁵⁵ Hch.2,4.

⁵⁶ Hch.2,1.

⁵⁷ Hch.2,4.

hombres, que no terminará hasta el fin del mundo, pues Jesús antes de partir nos lo prometió: "*...yo estaré con ustedes, todos los días hasta el fin del mundo*"⁵⁸.

⁵⁸ Mt.28,20.

CAPÍTULO III

EN LA RESURRECCIÓN SE ENCUENTRA LA RESPUESTA AL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

3.1 PUNTO DE PARTIDA: JESÚS, HOMBRE Y DIOS.

El mensaje cristiano, por ser profundamente humano y radicalizarse profundamente en la historia, tiene una dimensión humana e histórica que puede ser sometida a un riguroso análisis. Claro está que este análisis no puede olvidar en ningún momento el peculiar carácter de las fuentes. En ellas pueden encontrarse rasgos históricos garantes de la existencia, acción e influencia de Jesús de Nazaret. Y aunque a alguno pueda escandalizar este afán por encontrar al hombre tras el diseño divino que de él hacen los evangelios, no podemos olvidar que, “tratándose de Jesús, en lo humano se encuentra la esencia de lo divino”⁵⁹. En Jesús no es posible dissociar estos dos aspectos. Las reducciones racionalistas no fallaban al considerar a Jesús como hombre, sino al hacer de él una nivelación en la que lo divino no contaba para nada. La comunidad primitiva no lo entendió así.

Por otro lado, el «mesianismo» de Jesús no puede identificarse con el concepto mesiánico del Antiguo Testamento, como si de éste debiera recibir su sentido. No; es precisamente todo lo contrario. El mesianismo de Jesús, su revelación, decide el

⁵⁹ VIDAL, M., Un judío llamado Jesús, Baracaldo, 1999.

sentido que tienen los anuncios veterotestamentarios, cuyos rasgos y semblanzas son interpretados por la comunidad desde Jesús y en él⁶⁰.

Pretender comprender la «humanidad» de Jesús con categorías sacadas de la Antropología general, es condenar al fracaso y hacer inexplicables los rasgos que nos ofrecen las fuentes neotestamentarias. A Jesús hay que entenderlo desde su propia epifanía, es decir, desde su propia manifestación. Desde esta visión, Jesús se muestra como quien se entrega a los demás, a los pobres, asumiendo su propia muerte en este empeño. Frente a este cometido, los poderes religiosos y políticos de aquel entonces sólo pudieron decretar su exterminio. Y aquí se acabaría todo si la muerte de Jesús no hubiese sido la expresión suprema de su poderlo. Fueron precisamente los pobres, los esclavos y los marginados de aquella sociedad, los que se encargaron de dar cuenta de esta realidad. Y si Jesús tuvo, como veremos, conciencia de ser la epifanía de Dios, aquellos cristianos comprendieron muy pronto que ellos eran la epifanía de Cristo⁶¹. No es de maravillar que se desprendiesen de sus bienes⁶², propagasen la liberación⁶³ y estuvieran dispuestos incluso de afrontar la misma suerte que su Maestro⁶⁴. Se trataba de hacer presente, de manifestar el poder de Cristo en la tierra.

El Cristianismo funcionó desde siempre dentro de los condicionamientos históricos y culturales que le ha tocado vivir. La historia de la cultura tiene su propia marcha y los mismos cristianos, y aún el mismo Jesús, estaban condicionados por ella. Esto explica

⁶⁰ SCHENKE, L., La comunidad primitiva, Salamanca, 1999.

⁶¹ BULTMANN, R., Teología del Nuevo Testamento, Salamanca, 1987.

⁶² Hch.2,42-47; 4,32-37.

⁶³ Hch.8,25.

⁶⁴ Hch.5,40-41.

que la lucha de aquellos cristianos no se planteara en términos de una liberación política.

Nadie tenía conciencia de que la razón de la pobreza pudiera encontrarse en las estructuras del poder económico y político generadoras de marginación y miseria. La esclavitud, por ejemplo, pertenecía a la estructura de aquella sociedad. Ya siglos antes un filósofo como Aristóteles fundamentó la esencial diferencia entre el esclavo y el ciudadano de Atenas. En el Cristianismo primitivo el mismo Pablo aconsejaba a los cristianos esclavos permanecer en su estado fieles a sus señores, aun cuando exigiera a éstos: *“proveedlos de lo que es justo y equitativo, mirando a que también vosotros tenéis Amo...”*⁶⁵. Pablo interpreta la liberación cristiana sólo como liberación escatológica. Deberían pasar muchos siglos para que la humanidad comprendiera que la opresión tiene su origen en factores económicos y políticos. Ponerlos en cuestión hoy es un deber si se admite que un determinado nivel cultural constituye un instrumento de interpretación que permite conocer y explicar mejor el mensaje de Cristo⁶⁶.

⁶⁵ Col.3,22.4,1.

⁶⁶ Vat. II, «*Gaudium et spes*», 58.

3.2 1 CORINTIOS 15: TESTIMONIO DE PABLO SOBRE LA RESURRECCIÓN.

Aunque la Escritura no intenta “probar” que Jesús fue resucitado de entre los muertos, si presenta evidencias concluyentes del hecho de que Él verdaderamente resucitó. La resurrección de Cristo está registrada en Mt.28,1-20; Mc.16,1-20; Lc.24,1-53 y Jn.20,1-21;25. La resurrección de Cristo también aparece en el libro de Los Hechos (1,1-11). De estos pasajes es posible obtener muchas “pruebas” de la resurrección de Jesucristo. Es interesante observar el dramático cambio en los discípulos. Ellos fueron del temor que los hizo esconderse en un cuarto, al entusiasmo y propagación del Evangelio por todo el mundo. ¿Qué otra cosa pudo explicar este dramático cambio en ellos, sino la experiencia de ver a Jesucristo resucitado? De igual forma, el apóstol Pablo. ¿Qué fue lo que lo cambió de ser un perseguidor de la iglesia, a convertirse en un apóstol de la iglesia? Esto sucedió cuando el Cristo resucitado se le apareció en el camino a Damasco⁶⁷. Otra “prueba” indiscutible, en la mayoría de autores que reconocen en la Resurrección el origen del Cristianismo, sin que se convierta por eso en el fundamento de la fe, es la tumba vacía. Si Cristo no resucitó, entonces ¿dónde está su cuerpo? Los discípulos y muchos otros vieron la tumba donde Él fue sepultado. Cuando regresaron, Su cuerpo ya no estaba ahí. Los ángeles declararon que Él se había levantado de los muertos, como Él lo había

⁶⁷ Hch.9,1-6.

prometido⁶⁸. Más aún, otra evidencia de su resurrección es la gran cantidad de gente a la que Él se apareció⁶⁹.

El pasaje clave de la resurrección de Jesucristo está en 1 Corintios 15. En este capítulo, el apóstol Pablo explica por qué es crucial el entender y creer en la resurrección de Jesucristo. La resurrección es importante por las siguientes razones: (1) Si Cristo no resucitó de los muertos, tampoco lo harán los creyentes (12-15). (2) Si Cristo no resucitó, su sacrificio por el pecado no fue suficiente (16-19). La resurrección de Jesús prueba que su muerte fue aceptada por Dios como la expiación por nuestros pecados. Si Él simplemente hubiera muerto y hubiera permanecido muerto, eso hubiera indicado que su sacrificio no fue suficiente. Por lo tanto, los creyentes no tendrían el perdón de sus pecados, y ellos permanecerían muertos después de su muerte física (15,16-19) – no existiría tal cosa como la vida eterna (Jn.3,16). “*Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho*” (15,20). Cristo ha resucitado de los muertos. (3) Todos aquellos que creen en Él, serán resucitados para vida eterna, tal como Él lo hizo (15,20-23). 1 Corintios 15 sigue describiendo cómo la resurrección de Jesucristo prueba su victoria sobre el pecado, y nos provee de poder para una vida de victoria sobre el pecado (15,24-34). (4) Describe la gloriosa naturaleza del cuerpo resucitado que recibiremos (15,35-49). (5) Proclama que como resultado de la resurrección de Cristo, todos los que creen en Él obtienen la victoria final sobre la muerte (15,50-58).

⁶⁸ Mt.28,5-7.

⁶⁹ Mt.28,5.9.16-17; Mc.16,9; Lc.24,13-35; Jn.20,19.24.26-29; 21,1-14; Hch.1,6-8; 1Cor.15,5-7.

3.3 LA RESURRECCIÓN, ORIGEN DE LA FE EN CRISTO.

Por tanto, quien liga su fe a los detalles históricos, resulta esclavo de la crítica histórica⁷⁰. En cambio, la fe que se centra en la vida nueva del Crucificado, con Dios y por Dios, sabe reconocer la relatividad de las cuestiones históricas.

Así las cosas, el análisis histórico no puede fundamentar el núcleo de la fe, pero puede interpretarlo y aclararlo frente a la increencia y la superstición. Por ello, al encontrarnos con los evangelios y textos neotestamentarios que hablan sobre las apariciones del resucitado han de analizarse debidamente⁷¹.

Lo decisivo es, según confirman los testigos, la nueva vida de Jesús originada en la muerte por obra de Dios y con Dios, vida en Dios, que trasciende todas las afirmaciones y concepciones, todas las representaciones, imágenes y leyendas.

Por tanto, lo decisivo para la predicación de que Jesús resucitó no es el sepulcro vacío, sino la prueba de que Jesús sigue vivo. Las narraciones del sepulcro vacío son relatos de cierta factura artística para asombrar a los oyentes; los testimonios de las apariciones, en su forma más antigua, son resúmenes a modo de catecismo para ser aprendidos de memoria. El sepulcro vacío no hace más que expresar: “Él no está aquí”, a lo que la fe ha de añadir: “Ha resucitado”, aunque sabemos que esta frase puede comunicarse a cualquiera sin tener que mostrarle un sepulcro vacío. Incluso revisando el Evangelio de Marcos, el sepulcro vacío no da origen a la fe, sino al

⁷⁰ “Por crítica histórica se entiende la Escuela que busca científicamente una interpretación y proceso hermenéutico de los textos sagrados”. COMBY, J., *Para leer la Historia de la Iglesia*, Estella, 1986.

⁷¹ HURTADO, L. W., *Lord Jesus Christ. Devotion to Jesus in Earliest Christianity*, Cambridge: Edermans, 2003.

miedo y al pánico⁷². De ahí entonces que la fe en el resucitado es, pues, independiente del sepulcro vacío. La fe cristiana no convoca al sepulcro vacío, sino al encuentro con el Cristo viviente⁷³.

De esta forma es posible afirmar: tanto el sepulcro vacío como la historicidad de las apariciones no pueden ser motivo para el origen de la fe cristiana. ¿Cuál es entonces el origen de la fe pascual cristiana? De esta pregunta se pueden ofrecer dos posibilidades básicas de solución.

La primera de ellas es la de pensar que esta fe surge de la reflexión de los discípulos. En este caso, la génesis de la fe en la resurrección de Jesús de Nazaret vendría dada en las reflexiones de los discípulos, basadas en el material histórico- religioso contemporáneo, pero motivadas por el mismo Jesús. No es seguir la “causa” de Jesús, pues de ahí se diría que los discípulos “resucitan” a Jesús al continuar su causa; sino que se cree auténticamente que Jesús está vivo, asumido desde la muerte en la vida de Dios y cuya glorificación no es equiparable a la de otros mártires o justos. De ahí que la fe pascual no tiene por objeto ni tal sepulcro ni las “apariciones”, sino el propio Jesús viviente. También hay que considerar cristiano a quien cree en Jesús como el Cristo viviente, aunque no crea en el sepulcro vacío ni en determinadas experiencias pascales.

La otra posible solución es la de considerar si la fe pascual cristiana surgió de nuevas experiencias de los discípulos. Quien rigurosamente se atenga a los testimonios,

⁷² Mc.16,8.

⁷³ CROSSAN, J.D., El nacimiento del cristianismo, Barcelona: Crítica, 2002.

renunciando a toda especulación histórica, tendrá que reconocer que según el testimonio unánime de los escritos neotestamentarios, los discípulos no concluyeron la resurrección de Jesús meditando sobre su destino, sino que lo experimentaron vivo después de su propia muerte⁷⁴.

Para esto debe tenerse en cuenta que no se atestigua una continuidad directa de la causa de Jesús después de su muerte, sino que se acentúa una continuidad: Jesús predicaba sobre la venida del Reino mientras sus discípulos convierten a Jesús en su predicación. Parece, pues, que los discípulos llegaron a creer, no como consecuencia de sus propias reflexiones, sino como consecuencia de sus experiencias con el Resucitado, en cualquiera que fuese su naturaleza⁷⁵.

El mensaje de la resurrección es ciertamente testimonio de fe, pero no producto de ella. Por tanto, si queremos atenemos a los testimonios neotestamentarios hemos de partir de encuentros del Jesús viviente con sus discípulos: encuentros en los que han de haber sido tan concretas que ocasionan un cambio de vida, pues dichas experiencias o “apariciones” son también encuentro y misión. Nuestra fe permanece ligada al testimonio apostólico.

Una vez más; la intervención de Dios en la historia del mundo y del hombre individual no es un hecho constatado por la crítica histórica, sino un asunto de la fe que confía. La resurrección no es, pues, un hecho puramente “objetivo” que pueda

⁷⁴ Mt.28,1-10; Mc.16,1-8; Lc.24,1-12; Jn.20,1-10.

⁷⁵ Jn.20,24-29.

concebirse razonablemente sin la fe en la resurrección. La resurrección no es materialmente verificable, no es “objetivable”.

Experiencia pascual y fe pascual están unidas interna e indisolublemente: no permiten una actitud de observador objetivo. Como señala Karl Rahner: *“Quizá sin la mirada a la resurrección de Jesús nunca lograríamos, de hecho, interpretarnos rectamente en esta nuestra esperanza propia, pero también es cierto, a la inversa, que propiamente sólo puede experimentar la resurrección de Jesús un hombre que ya tiene por sí mismo tal experiencia”*⁷⁶.

Así entonces, puede decirse que “históricamente” no alcanzaríamos la resurrección de Jesús, sino sólo la persuasión de sus discípulos de que él vive. Si decimos que sólo es aprehensible históricamente la experiencia pascual subjetiva de los discípulos, no hemos de imaginarnos una “vivencia” cualquiera, sino que hemos de atender exactamente a lo que describen los discípulos, delimitándonos frente a lo que nosotros tendemos a pensar al respecto.

En este sentido, frente a una concepción crasamente materialista de la objetividad y realidad de la resurrección, se puede decir fundadamente con Rudolf Bultmann que Jesús resucitó en la fe de sus discípulos, en la palabra de la predicación, en el kerigma (anuncio). No somos llamados porque creemos. Creemos porque se nos llama. De hecho, Jesús no se apareció a creyentes, sino a “incrédulos”⁷⁷.

⁷⁶ RANHER, K., Curso fundamental sobre la fe, Madrid: Herder, 1985.

⁷⁷ BULTMANN, R., Teología del Nuevo Testamento, Salamanca, 1987.

Según los concordes testimonios del Nuevo Testamento, es el mismo Jesús de Nazaret experimentado y reconocido como viviente, son las nuevas experiencias de fe, las vocaciones de fe, los nuevos conocimientos de fe sobre Jesús, lo que puede explicar por qué su causa siguió adelante; cómo pudo surgir después de su muerte un movimiento de tales consecuencias ligado a su persona.

El enigma histórico del origen del Cristianismo aparece aquí resuelto de una manera provocativa: las experiencias de fe, las vocaciones y los conocimientos de fe de los discípulos sobre el viviente Jesús de Nazaret constituyen, según los únicos testimonios que poseemos, la chispa inicial del extraordinario desarrollo histórico de un movimiento mundial, en cuyo curso del patíbulo de un hombre muerto en total abandono de Dios y de los hombres ha podido surgir una “religión universal” y, tal vez, algo más que eso.

3.4 CRISTIANISMO E IGLESIA.

La Resurrección de Jesucristo es el dogma central del Cristianismo y constituye la prueba decisiva de la verdad de su doctrina. “*Si Cristo no resucitó —escribió San Pablo—, vana es nuestra predicación y vana es vuestra fe*”⁷⁸. La realidad de la Resurrección —tan lejos de las expectativas de los Apóstoles y los discípulos— se les impuso a éstos con el argumento irrefutable de la evidencia: “*pero Cristo ha resucitado y ha venido a ser como las primicias de los difuntos*”⁷⁹.

⁷⁸ 1Cor.15,14.

⁷⁹ 1Cor.15,20.

Desde entonces los Apóstoles se presentarían a sí mismos como «*testigos*» de Jesucristo resucitado⁸⁰, lo anunciarían por el mundo entero y resellarían su testimonio con la propia sangre. Los discípulos de Jesucristo reconocieron su divinidad, creyeron en la eficacia redentora de su muerte y recibieron la plenitud de la Revelación, transmitida por el Maestro y recogida por la Escritura y la Tradición.

Pero Jesucristo no sólo fundó una religión —el Cristianismo—, sino también una Iglesia. La Iglesia —el nuevo Pueblo de Dios— fue constituida bajo la forma de una comunidad visible de salvación, a la que se incorporan los hombres por el Bautismo. La Iglesia está cimentada sobre el Apóstol Pedro, a quien Cristo prometió el Primado —“*y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*”⁸¹— y se lo confirmó y confirió después de la Resurrección: “*apacienta mis corderos*”, “*apacienta mis ovejas*”⁸². La Iglesia de Jesucristo existirá hasta el fin de los tiempos, mientras perdure el mundo y haya hombres sobre la tierra: “*y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*”⁸³. La constitución de la Iglesia se consumó el día de Pentecostés, y a partir de entonces comienza propiamente su historia.

⁸⁰ Hch.2,22; 3,15.

⁸¹ Mt.16,18.

⁸² Jn.21,15-17.

⁸³ Mt.16,18.

3.5 LA IGLESIA EN LA HISTORIA.

La Iglesia continúa manteniendo la presencia de Cristo en la historia humana; obedece al mandato apostólico, pronunciado por Jesús antes de ascender al Cielo: *“Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñadles a observar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”*⁸⁴. En la historia de la Iglesia se encuentra, por tanto, un entrelazarse, a veces difícilmente separable, entre lo divino y lo humano.

En efecto, proyectando una mirada a la historia de la Iglesia, hay aspectos que sorprenden al observador, incluso al no creyente:

a) la unidad en el tiempo y en el espacio (catolicidad): la Iglesia Católica, a lo largo de dos milenios, ha permanecido siendo el mismo sujeto, con la misma doctrina y los mismos elementos fundamentales: unidad de fe, de sacramentos, de jerarquía (por la sucesión apostólica); además, en todas las generaciones ha reunido hombres y mujeres de los pueblos y culturas más diversos y de zonas geográficas de todos los rincones de la tierra;

b) la acción misionera: la Iglesia, en todo tiempo y lugar, ha aprovechado cualquier acontecimiento y fenómeno histórico para predicar el Evangelio, también en las situaciones más adversas;

c) la capacidad, en cada generación, de producir frutos de santidad en personas de todo pueblo y condición;

⁸⁴ Mt.28,19-20.

d) un llamativo poder de recuperación ante crisis, a veces de mucha gravedad⁸⁵.

3.6 LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE RESURRECCIÓN.

La resurrección de Jesús es un acaecimiento metahistórico (transciende la historia) y como tal no es un hecho ocurrido en un tiempo y lugar determinado sino que es una realidad permanente y eterna. Por ello la Eucaristía que se celebra en la Iglesia y que es el acto conmemorativo de la resurrección también es una y única.

Son muchos los cristianos que desconocen esta característica fundamental de la Eucaristía, clave para comprender la Eucaristía en su sentido pleno: Desde que Jesús instituyó la Eucaristía en la última cena con sus amigos antes de ser prendido y crucificado, son millones de millones de Misas las que se van celebrando en todo el mundo. Sin embargo, todas esas Misas no son sino la misma; por tanto una sola y única Eucaristía que es la que celebró Jesús aquel primer Jueves Santo de la historia. Las demás no son sino la actualización de la misma.

A partir de la resurrección de Cristo y del advenimiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés queda fundada la Iglesia, entorno de la Eucaristía. La Eucaristía es la fuente de la que dimana toda la vida cristiana porque es el objeto de nuestra fe. No puede perderse de vista que la Eucaristía es el mismísimo Jesús que se nos presenta bajo la forma sacramental de pan. Ya las primeras comunidades cristianas se reunían en sus casas para celebrar la cena del Señor y partir el pan Eucarístico. Alrededor de

⁸⁵ KESSLER, J., *Diálogos sobre la historia de la iglesia*. San José, Costa Rica: Instituto Vos, Lacy, 2003.

esta celebración se originaban todas sus actividades: oración, lectura de la Palabra, ayuda a los necesitados, vida familiar y social.

CONCLUSIONES

Luego de abordar la vida, el mensaje, la persona y la influencia de Jesús en sus contemporáneos inicialmente, y las repercusiones y alcances que han tenido sobre el desarrollo de Occidente de manera especial, podemos descubrir la enorme importancia de su obra, que aún cuando en sus albores fue humilde, no por esto ha dejado de marcar el desarrollo histórico de las culturas posteriores.

Sin embargo, tenemos también que admitir, después de este somero estudio, que él mismo y su mensaje, estuvieron profundamente afectados por la cultura de su tiempo, pues como lo expresara, su misión no incluía abolir la Ley y los Profetas, sino darle cumplimiento.

Por otro lado, en la visión sintética sobre el Jesús histórico, abordada en el cuya brevedad y rapidez casi al final se plantea una pregunta que aparece varias veces en los evangelios y que, en nuestro caso, cumple casi las funciones de recapitulación del recorrido realizado: ¿quién es Jesús? ¿Cómo situarle en el complejo y variado judaísmo de su tiempo?

Algunos historiadores han creído posible definir a Jesús de forma muy neta y clara: un rabí, un sabio, un mago, un profeta, un mesías revolucionario, un carismático Galileo, un apocalíptico. A mí no me parece sensato contraponer históricamente estas tipologías ni encerrar en una sola la figura tan compleja de Jesús. Jesús tiene rasgos indudables de maestro, de sabio, de rabí. La gente y sus discípulos le llaman con frecuencia “maestro”. Su enseñanza tiene claros rasgos sapienciales: la referencia a

las aves del cielo y a los lirios del campo⁸⁶, a la providencia del Padre⁸⁷ o al Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos⁸⁸, el recurso a las parábolas, algunas de las cuales incluso tienen claros paralelos rabínicos.

Pero la predicación escatológica de Jesús, su anuncio de la llegada del Reino de Dios, le asemeja a los profetas. Varias veces la gente equipara a Jesús con un profeta⁸⁹: es innegable el trasfondo profético de su predicación en torno al Reino. No hay que oponer la dimensión sapiencial y la profética que estaban en el judaísmo del tiempo mucho más cerca, eran más compatibles, de lo que a veces se ha pensado.

Lo que no creo posible es comparar a Jesús con un apocalíptico. En efecto, no tiene una visión dualista del mundo, ni espera que el eón futuro se afirme tras la destrucción del mundo presente que estaría totalmente corrompido. El Reino de Dios ya está irrumpiendo, lo que supone una visión más positiva de lo existente, y su plenitud conlleva una transformación histórica, pero no una catástrofe cósmica y el fin del mundo. Además, Jesús, a diferencia de la apocalíptica, no entra en especulaciones sobre el futuro ni en cálculos temporales.

Como vimos en el segundo capítulo, Jesús fue un taumaturgo popular y un exorcista. Utilizando una categoría moderna diríamos que Jesús fue un líder carismático, es decir con una autoridad basada en sus peculiares cualidades personales (no está basado en la tradición, no es hereditaria, no depende de disposiciones legales y

⁸⁶ Lc.12,22-31; Mt.6,25-34.

⁸⁷ Lc.12,2-7; Mt.10,26-31.

⁸⁸ Mt.5,45.

⁸⁹ Mt.16,14; Mt.21,11.

tampoco de acreditaciones académicas) y que encuentra reconocimiento y adhesión en un cierto sector social. Jesús basa su autoridad en su propia experiencia, considera que ha sido ungido por el Espíritu de Dios. Esta autoridad de Jesús es indudable y se refleja en su forma de hablar, de llamar en su seguimiento, de curar, en las exigencias que propone. Es un fenómeno que la gente percibe inmediatamente: *“quedaron asombrados de su doctrina, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas”*⁹⁰.

A Jesús se le puede considerar un iluso fracasado, un soñador peligroso, el iniciador de un camino ejemplar de vida, un hijo de Dios muy especial... Y el historiador no podrá quizá zanjar esta polémica, pero sí puede afirmar que la innegable autoridad personal y moral que mostraba hundía sus raíces en una honda y peculiar experiencia religiosa. La simple afirmación de la resurrección es incapaz de explicar el origen de la cristología.

En esta experiencia religiosa intentó penetrar J. Jeremías con su famosa teoría sobre el Abba de Jesús⁹¹. En pocas palabras, Jeremías sostenía que Jesús usó, tanto para designar como para invocar a Dios, la palabra aramea Abba, lo que consideraba un fenómeno único en el judaísmo del tiempo, y con esta palabra procedente de la relación paterno-filial expresaba la conciencia de una relación de inaudita confianza e intimidad con Dios, su padre. Añadía que Jesús siempre distinguía entre “mi Padre” y “vuestro Padre”, es decir, que reivindicaba para sí una filiación divina excepcional y

⁹⁰ Mc.1,21.

⁹¹ JEREMIAS, J. Abba y el mensaje central del Nuevo Testamento, Salamanca: Sígueme, 2005.

superior diferente de la de los demás seres humanos. El Abba es muy característico de Jesús, que revela su experiencia religiosa, de lo que fue muy consciente la comunidad cristiana que incluso en la diáspora, donde no conocían el arameo, conservaban esta palabra en su idioma original.⁹²

Por otro lado, los primeros cristianos no creían que pertenecían a una nueva religión. Ellos eran judíos, y la principal diferencia que les separaba del resto del judaísmo era que creían que el Mesías había venido, mientras que los demás judíos seguían aguardando su advenimiento. Su mensaje a los judíos no era por tanto que tenían que dejar de ser judíos, sino al contrario, que ahora que la edad mesiánica se había inaugurado debían ser mejores judíos. De igual modo, la primera predicación a los gentiles no fue una invitación a aceptar una nueva religión recién creada, sino que fue la invitación a hacerse partícipes de las promesas hechas a Abraham y su descendencia.

A los gentiles se les invitaba a hacerse hijos de Abraham según la fe, ya que no podían serlo según la carne. Y la razón por la que esta invitación fue posible era que desde tiempos de los profetas el judaísmo había creído que con el advenimiento del Mesías todas las naciones serían traídas a Sion. Para aquellos cristianos, el judaísmo no era una religión rival del Cristianismo, sino la misma religión, aun cuando muchos judíos no vieran que ya las profecías se habían cumplido.

Desde el punto de vista de los judíos no cristianos, la situación era la misma. El Cristianismo no era una nueva religión, sino una secta herética dentro del judaísmo.

⁹² Rom.8,16; Gal.4,6.

Ya hemos visto que el judaísmo del siglo primero no era una unidad monolítica, sino que había en él diversas sectas y opiniones. Por lo tanto, al aparecer el Cristianismo, los judíos lo veían como una secta más. La conducta de aquellos judíos hacia el Cristianismo se comprende si nos colocamos en su lugar, y vemos el Cristianismo, desde su punto de vista, como una nueva herejía que iba de ciudad en ciudad tentando a los buenos judíos a hacerse herejes. Además, en aquella época —y no sin fundamentos bíblicos— muchos judíos creían que la razón por la cual habían perdido su antigua independencia, y quedado reducido al papel de súbditos del Imperio, era que el pueblo no había sido suficientemente fiel a la fe de sus antepasados. Por tanto, el sentimiento nacionalista y patriótico se exacerbaba ante la posibilidad de que estos nuevos herejes pudieran una vez más provocar la ira de Dios sobre Israel.

Por estas razones, en buena parte del Nuevo Testamento los judíos persiguen a los cristianos, quienes a su vez encuentran refugio en las autoridades romanas. Esto puede verse, por ejemplo, cuando algunos judíos en Corinto acusan a Pablo ante el procónsul Galión, diciendo que *“este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley”*, y Galión les responde: *“Si fuera algún agravio o algún crimen enorme, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría. Pero si son cuestiones de palabras, y de nombres, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas,”*⁹³. Y más tarde, cuando se produce un motín en el Templo porque algunos acusan a Pablo de haber introducido a un gentil al recinto sagrado, y los judíos tratan de matarle, son los oficiales romanos quienes le salvan la vida al apóstol.

⁹³ Hch.18,14–15.

Luego, los romanos concordaban con los primeros cristianos y con los judíos en que se trataba aquí de un conflicto entre judíos. Siempre que no se produjera un alboroto excesivo, los romanos preferían que los propios judíos resolvieran esa clase de problemas. Pero cuando el tumulto era demasiado, los romanos intervenían para restaurar el orden y a veces para castigar a los culpables. Un caso que ilustra esta situación es la expulsión de los judíos de Roma por el emperador Claudio, alrededor del año 51. Hechos 18,2 menciona esta expulsión, aunque no explica sus razones. Pero el historiador romano Suetonio nos ofrece un dato intrigante al decirnos que los judíos fueron expulsados de Roma porque estaban causando disturbios constantes “a causa de Cresto”⁹⁴. La mayoría de los historiadores concuerda en que “Cresto” no es otro que Cristo, cuyo nombre ha sido mal escrito. Por lo tanto, lo que sucedió en Roma parece haber sido que, como en tantos otros lugares, la predicación cristiana causó tantos desórdenes entre los judíos, que el emperador decidió expulsarles a todos. En Roma, en esos tiempos, todavía la disputa entre judíos y cristianos parecía ser una cuestión interna dentro del judaísmo.

Sin embargo, según el Cristianismo fue extendiéndose cada vez más entre los gentiles y la proporción de judíos dentro de la Iglesia fue disminuyendo, tanto cristianos como judíos y romanos fueron estableciendo distinciones cada vez más claras entre el judaísmo y el Cristianismo. También hay ciertas indicaciones de que, en medio del creciente sentimiento nacionalista que llevó a los judíos a rebelarse contra Roma y que culminó en la destrucción de Jerusalén, los cristianos —especialmente los

⁹⁴ BERCHMAIND, A., Crónicas de historiadores antiguos, Cambridge: Edermans, 2003.

gentiles entre ellos— trataron de mostrar claramente que ellos no formaban parte de ese movimiento.

Durante los primeros años del Cristianismo, éste existió dentro del marco del judaísmo. En esa situación, el judaísmo trató de aplastarlo, y de ello hay abundantes pruebas en el libro de Hechos y en otros libros del Nuevo Testamento. Pero a partir de entonces, nunca más ha estado el judaísmo en posición de perseguir a los cristianos, mientras que muchas veces los cristianos sí han estado en posición de perseguir a los judíos. Cuando el Cristianismo vino a ser la religión de la mayoría, y los judíos se volvieron una minoría dentro de toda una sociedad que se llamaba cristiana, fueron muchos los cristianos que, impulsados por lo que se dice en el Nuevo Testamento acerca de la oposición de los judíos al Cristianismo, fomentaron el sentimiento antijudío, y llegaron hasta el extremo de las matanzas de judíos. Por lo tanto es de suma importancia que nos percatemos de que aquellos judíos que persiguieron a los cristianos en el siglo primero lo hicieron creyendo servir a Dios, y que los cristianos que hoy vuelven la situación al revés, y practican el antijudaísmo, están haciendo precisamente lo mismo que condenan en aquellos judíos de antaño.

La Iglesia primitiva, por su parte, no parece haber sido especialmente sensible a ninguna de estas memorias judaicas, porque tuvo una experiencia propia de la Cincuentena. El Período sagrado de los cincuenta días, en efecto, tenía un preciso correlato en su propia historia, es decir, en la efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, ocurrida en el quincuagésimo día desde la celebración de la Pascua de Resurrección, y había marcado el inicio de la misión evangelizadora.

El Pentecostés, día del nacimiento misionero de la Iglesia, es el momento en el que el verdadero significado de la Cruz y de la Resurrección de Cristo se hace manifiesto, y una nueva humanidad retorna a la comunión con Dios.

La fiesta de la Alianza del Sinaí, que celebra en el mundo hebreo la entrega de la Ley, se convirtió con el Cristianismo en la fiesta de la donación de las lenguas, porque a través de ellas cada pueblo o nación puede recibir el anuncio y retornar a la primitiva unidad que se quebró en Babel. Desde aquel día la Iglesia tomó conciencia de la Nueva Pascua según cuanto había predicho el Cristo: "El consolador, El Espíritu Santo que el Padre mandará en mi nombre, él os enseñará cada cosa y os recordará todo lo que yo os he dicho."

Es la herencia de la tradición primitiva de la Iglesia en la que los cincuenta días sucesivos a la Pascua constituían una sola fiesta: todos los días de esta cincuentena eran celebrados con gran júbilo, porque formaban un único día de fiesta, que tenía "la misma importancia del domingo". Y, como en el domingo, el día del Señor Resucitado, se celebra el misterio de la Resurrección con toda solemnidad, en la que no se hace penitencia, no se reza de rodillas y se debe uno librar de todo afán, así era durante toda la cincuentena.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, R., Del movimiento de Jesús a la Iglesia Cristiana, Estella: EVD, 1998.
- AGUIRRE, R., Raíces bíblicas de la fe cristiana, Madrid: PPC, 1997.
- ALBERTZ, R., Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento II, Madrid: Trotta, 1999.
- BARBAGLIO, G., Pablo de Tarso y los orígenes Cristianos, Salamanca: Sígueme, 1997.
- BERCHMAIND, A., Crónicas de historiadores antiguos, Cambridge: Edermans, 2003.
- Biblia de Jerusalén, Vizcaya: Descleé de Brouwer, 1998.
- BLÁZQUEZ, J.M., El nacimiento del Cristianismo. Madrid: Síntesis, 1990.
- BULTMANN, R., Teología del Nuevo Testamento, Salamanca: Sígueme, 1987.
- COMBY, J., Para leer la Historia de la Iglesia, Estella: EVD, 1986.
- CONCILIO VATICANO II, Gaudium et spes, Bogotá: San Pablo, 2006.
- CROSSAN, J.D., El nacimiento del Cristianismo, Barcelona: Crítica, 2002.
- DEIROS, P., Historia del Cristianismo, Buenos Aires: C. B. de P., 1980.
- FREYNE, S., La geografía, política y economía de Galilea y la respuesta sobre Jesús Histórico en CHILTON, B, C.A.: Evans (eds.), 1994.

- HURTADO, L. W., Lord Jesus Christ. Devotion to Jesus in Earliest Christianity, Cambridge: Edermans, 2003.
- JACKSON CASE, Shirley. Los forjadores del Cristianismo. T. I., Barcelona: Libros CLIE, 1987.
- JEREMIAS, J., Abba y el mensaje central del Nuevo Testamento, Salamanca: Sígueme, 2005.
- KESSLER, J., Diálogos sobre la historia de la Iglesia. San José, Costa Rica: Instituto Vos, Lacy, G., 2003.
- M. SIMON- A. BENOIT, El Judaísmo y el Cristianismo antiguo, Barcelona: Paidós, 1972.
- MACK, B., Un mito de inocencia: Mack y los orígenes cristianos, Filadelfia: Fortress, 1988.
- MEYERS, E., Jesús y su contexto galileo, en EDWARDS, D.R., Atlanta: McColough, 1997.
- ORLANDIS, J., Historia de la Iglesia, Madrid: Rialp, 2001.
- ORLANDIS, J., Historia del Cristianismo, Madrid: Rialp, 1983.
- RANHER, K., Curso fundamental sobre la fe, Madrid: Herder, 1985.
- RATZINGER, J. Los orígenes de la Iglesia, Madrid: EVD, 1998.
- SANDERS, E.P., La figura histórica de Jesús, Estella: EVD, 2000.
- SCHENKE, L., La comunidad primitiva, Salamanca: Sígueme, 1999.

- TEJA, R., El Cristianismo primitivo en la sociedad romana, Madrid: Ed. Istmo, 1990.
- THEISSEN-MERZ, La renuncia a la violencia y el amor al enemigo (Mt 5, 38-48/ Lc 6,27-38) y su trasfondo histórico-social”, en Estudios de sociología del Cristianismo primitivo, Salamanca: Sígueme, 1985.
- TWELFTREE, G.H., Jesús, el exorcista. Una contribución al estudio de El Jesús Histórico, Hendrickson: Peabody, 1995.
- VIDAL, M., Un judío llamado Jesús, Baracaldo: PPC, 1999.
- VOUGA, F., Los primeros pasos del Cristianismo. Escritos, protagonistas, debates. Madrid: EVD. 2001.